

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

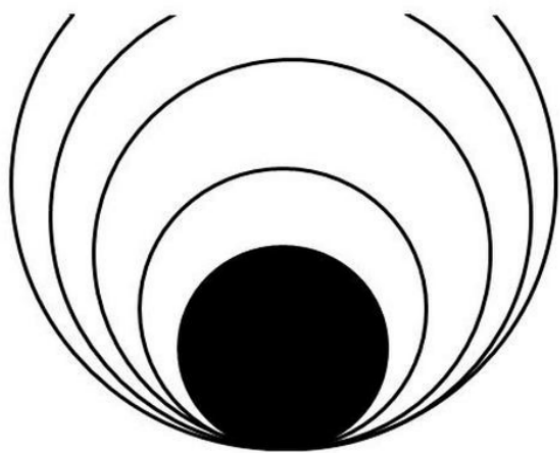
PUNTO ROJO

LOU CARRIGAN



**Factor
Psicológico**

**GANE 1
MILLON
DE PESETAS**



PUNTO ROJO



Jerry Cotton

LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO

BRUGUERA



LOU CARRIGAN

FACTOR PSICOLÓGICO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1181
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio

1.ª edición en España: abril, 1985

1.ª edición en América: octubre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Lou Carrigan - 1985

texto

© Norma - 1985

cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84-02-02520-X / Depósito legal: B. 9.419-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1985

EL CADÁVER

Puesto que no había ninguna causa urgente que lo justificase, la Policía desistió de forzar la puerta o una ventana de la casa para entrar en ésta, pero el sargento de detectives Carnap consiguió rápidamente una autorización judicial, la cual llegó cuando ya un experto del Police Departament estaba esperando para entrar en funciones.

El experto demostró que realmente lo era, abriendo la puerta de la casa con relativa facilidad. La Policía pudo entrar entonces, y, a los pocos segundos, ya había encontrado el cadáver.

Hablemos del cadáver.

La Policía sabía ya que se trataba de Rupert Trumbull, de profesión agente literario. Yacía casi en el centro geométrico del lujoso salón, tendido de espaldas sobre la mullida alfombra, formando una equis con los brazos y las piernas. Muy cerca de los separados pies, casi equidistantes de ambos, había una botella de champán abierta, una copa que todavía contenía un pequeño resto de champán, y un zapato de mujer. En la mano derecha, entre los crispados dedos del muerto, había una pistola. En la mano izquierda, algo que pronto fue identificado como unas bragas de mujer. Unas encantadoras braguitas livianas, poco menos que transparentes, de color azul celeste. Añadamos a estos detalles el hecho de que el muerto vestía normalmente de calle.

Y esto era todo, de momento.

La inspección ocular del sargento Carnap aportó muy pocos datos más. Uno de ellos, que la botella de champán estaba casi vacía. Otro, que sin lugar a dudas el muerto, Rupert Trumbull, había estado bebiendo el champán en un zapato de mujer. Otro, más desagradable, pero en absoluto sorprendente, era que parte de la masa encefálica del desdichado señor Trumbull se había esparcido a su alrededor, debido a los efectos de la bala que le

había reventado la sien derecha y salido por el temporal izquierdo. Era un espectáculo desagradable, ciertamente. Y deprimente.

Llegó el forense, y, a reserva de la autopsia, informó que el señor Trumbull había muerto de un disparo en la cabeza la noche anterior, aproximadamente entre las doce y la una de la madrugada.

Ni el forense ni el sargento Carnap esperaban sorpresa alguna, porque la cosa estaba bien clara: el señor Trumbull se había disparado un tiro a la cabeza, y eso era todo.

Sin embargo, había cosas que tenían perplejo a Carnap. Empezando, claro está, por el hecho de que Rupert Trumbull se hubiese sentado sobre la alfombra a beber champán, cuando podía haberlo hecho cómodamente sentado en uno de los sillones, o en el sofá. Y luego, por supuesto, aquel zapato de mujer, y las encantadoras braguitas.

—Un tipo imaginativo, evidentemente —comentó Carnap.

Lo cual no podía sorprender demasiado, pues Rupert Trumbull era agente literario, y por tanto acostumbrado a relacionarse con gente imaginativa.

Todo el moderno aparato de investigación técnica se puso en marcha rápidamente: fotografías, huellas, búsqueda de cualquier detalle que pudiese parecer extraño, examen de la cerradura de la puerta principal y de la de atrás, de las ventanas... El contorno del cadáver fue dibujado sobre la alfombra con tiza especial. Luego, llegó el coche de la Morgue, y lo retiró. Se le haría la autopsia, se le examinaría la mano derecha para tener la certeza de que había sido realmente el muerto quién había disparado la pistola..., y por supuesto, se seguiría el rastro de la pistola.

Era poco probable que quedase ningún cabo suelto.

Pero, claro, el veterano sargento Carnap tenía la pregunta bailando en su mente: ¿de quién eran las braguitas y el zapato de mujer?

De modo que la Policía centró sus investigaciones en esa dirección.

CAPÍTULO PRIMERO

El sargento Carnap echó un vistazo a la tarjeta mientras bebía café, sentado ante su mesa en uno de los despachos del Police Departament.

En la tarjeta ponía:

MACKENZIE,
PRESTON & DARWELL
Abogados
EMERSON GRANT

Carnap dejó la taza sobre la mesa, alzó la mirada, y contempló al hombre que le había entregado la tarjeta. Le gustó. Debía tener unos treinta y cinco años, vestía muy bien, era atractivo, y parecía serio.

—Bueno —movió la cabeza Carnap—, me pregunto si es usted uno de los tres caballeros de arriba o el de abajo.

—El de abajo. Soy Emerson Grant.

—Encantado. ¿En qué pudo servirle, señor Grant?

—Entiendo que lleva usted el caso Trumbull, sargento.

—¡Oh!, eso... Sí, en efecto. ¿Se interesa usted por él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Soy investigador de la firma.

—Muy bien. ¿Y qué es lo que quiere usted investigar, señor Grant?

—Todo.

—Ya. Lo siento, pero no estoy autorizado para facilitarle información, así que...

—Mi firma ha conseguido la autorización del Departamento,

sargento. —Grant señaló el teléfono—. Si llama usted a su capitán se convencerá de ello.

—Yo diría que no hace falta —sonrió Carnap—: tiene usted muy buena pinta, muchacho. Pero dígame una cosa, por favor: ¿qué es lo que busca usted?

—Estamos investigando la posibilidad de que el señor Trumbull no se suicidase, sino que hubiera sido asesinado.

Carnap quedó estupefacto un instante. Luego, soltó un resoplido, y por fin, llevando la mano hacia el teléfono de línea interior, masculló:

—Le pediré a usted ese expediente. ¿Puedo pedirle un favor personal a cambio?

—Si es factible, sí.

—Es perfectamente factible. Cuando usted se haya enterado bien de todo, ¿será tan amable de cambiar algunas impresiones conmigo?

—Tendré mucho gusto en hacerlo.

Unos minutos más tarde, Emerson Grant, sentado a la mesa de Carnap iniciaba el examen del expediente: fotografías, informes forenses, técnicos... En tan sólo veinticuatro horas, la Policía había hecho una gran labor. El informe forense ratificaba la hora aproximada de la muerte, especificando que la causa de ésta había sido, pura y simplemente, el balazo en la cabeza; naturalmente, se había encontrado alcohol suficiente en el cuerpo de Rupert Trumbull para justificar la botella vacía de champán; por supuesto, también en el zapato de mujer se había encontrado rastro del champán, es decir, que no había duda de que había sido utilizado como vaso: la pistola con la que se había dado muerte el señor Trumbull, un «Colt 22», estaba registrada a su nombre...

¿Por qué la Policía había acudido a la casa del señor Rupert Trumbull, a las nueve y pico de la mañana del día anterior? Por una llamada telefónica, efectuada por un tal Elton Davenport, vecino de Trumbull en la Boston Avenue, de Bridgeport. Connecticut. ¿Por qué había llamado el señor Davenport a la Policía? Pues, porque el señor Trumbull no contestaba a sus llamadas telefónicas, y como quiera que el señor Davenport estaba seguro de que el señor Trumbull estaba en casa, envió a su asistente, la señora Benet, a decirle cara a cara al señor Trumbull que el señor Davenport le

estaba esperando. ¿Para qué esperaba el señor Davenport al señor Trumbull? Para entregarle una novela, pues el señor Trumbull era agente literario del señor Davenport, y aquel día iba a ir a Nueva York por razones de trabajo.

Nada extraño en la casa, ni en el jardín. Nada alterado, nada roto, nada desordenado.

¿Huellas? Se había encontrado en abundancia las del señor Trumbull, naturalmente, y de algunas personas más, pero ninguna había sido identificada por el momento. Se estaba en esto, pero la teoría aceptada era que, simplemente, correspondía a personas amigas del señor Trumbull que le habían visitado.

Cuando Carnap regresó, Emerson Grant había terminado, y estaba fumando pensativamente un cigarrillo.

—¿Qué? —preguntó Carnap—. ¿Cómo ha ido eso?

—¿Todavía no saben nada de la mujer del zapato?

—Todavía no. Si conseguimos identificar las diversas huellas digitales que encontramos en muebles y otros sitios, quizá localicemos a la mujer.

—Naturalmente, en ningún momento han pensado ustedes en que la mujer pudo estar en la casa cuando el señor Trumbull se suicidó... ¿Verdad?

—Lo pensamos en algún momento —sonrió también Carnap—, pero si bien es factible que una mujer escape sin bragas, no parece muy inteligente por su parte dejarse un zapato.

—Hay un detalle que me ha llamado la atención, sargento... Usted habló personalmente con el señor Davenport, el novelista que llamó al Departamento. Según este informe, el señor Davenport asegura que anteanoche vio llegar DOS veces el coche del señor Trumbull.

—En efecto. La primera vez, a las veintidós treinta aproximadamente. Luego, parece que el señor Trumbull se marchó, algo más tarde, y regresó hacia las cero horas treinta minutos, es decir, a las doce y media de la noche más o menos.

—Y el señor Davenport lo vio las dos veces.

—El señor Davenport y otro vecino. Es decir, el otro vecino, un hombre ya mayor, que padece de insomnio, vio llegar el coche de Trumbull la segunda vez, hacia las doce y media. No sabe nada de la primera vez. ¿Le sugiere esto algo importante a usted, señor

Grant?

—No sé. Sólo que si la segunda vez regresó a las doce y media, más o menos, sabemos que murió después de esa hora.

—Evidentemente. Tal como dijo el forense: entre las once y la una de la madrugada.

—Sí... ¿La casa del señor Trumbull está cerrada ahora?

—Naturalmente. Su esposa fue avisada y estamos esperando arreglar esa cuestión...

—Su exesposa —corrigió suavemente Grant—. A menos que el señor Trumbull se hubiese vuelto a casar, cosa que no parece. Usted está refiriéndose, por tanto, a Catherine Gropper, la exseñora Trumbull, divorciada de éste hace cuatro años y pico.

—Sí, claro: a ella.

—¿Cómo la localizaron?

—El señor Davenport nos habló de ella, y nos fue fácil localizarla.

—El señor Davenport de nuevo... Veamos, sargento: ¿por qué no fue el propio Davenport a hablar con el señor Trumbull, en lugar de enviar a su asistenta?

—El señor Davenport está inválido de las piernas. No puede caminar, se pasa la vida en una silla de ruedas.

—¡Ah!, sí —entornó los párpados Emerson Grant—. Aquel accidente. Claro. Fue una lástima... en muchos aspectos.

—¿Qué está tratando de decir?

—Oh, cosas mías. ¿Le he dicho ya que mi firma representa los intereses de la señora... perdón... de la exseñora Trumbull?

—No, no me lo ha dicho usted: me lo ha dicho el capitán.

—¿Ha ido usted a asegurarse de que no mentí? ¿Puedo entrar en la casa de Trumbull?

—¿Para qué?

—Me gustaría echar un vistazo.

—Dígame por qué tienen ustedes interés en buscar cualquier pista que indicase asesinato en lugar de suicidio.

—Con gusto. Sucede que el señor Trumbull tenía seguro de vida muy importante a favor de su exesposa. Fue uno de los tratos para el divorcio: aparte de la asignación mensual, se convino que el señor Trumbull contrataría un seguro de vida por doscientos cincuenta mil dólares, en favor de su exesposa, de tal modo que si el

señor Trumbull fallecía, ella recibiría esa cantidad.

—¿Y...?

—El suicidio del asegurado no devenga el pago de la prima por parte de la compañía de seguros. Está expresamente excluido. Lo que significa que si no demostramos que el señor Trumbull fue asesinado, la señora... la exseñora Trumbull se queda sin pensión y sin prima de doscientos cincuenta mil dólares.

—Le acompañaré. —Carnap movió la cabeza, todavía sonriendo —. ¿Sabe, muchacho? ¡Este asunto está ahora mucho más interesante!

CAPÍTULO II

Pero, en la casa de Rupert Trumbull no había nada interesante. Es decir, nada especialmente interesante, nada que pudiese ayudar a Emerson Grant en su labor. Examinando todo a su gusto, Emerson Grant regresó al salón, y se quedó mirando el dibujo trazado en la confortable alfombra.

—Curioso, ¿verdad? —comentó Carnap.

—¿El qué?

—¿Cómo, el qué? —Gruñó Carnap—. ¿Se sentaría usted a beber champán en la alfombra, o lo haría en un sillón?

—Me parece que yo me sentaría en un sillón, sargento. Pero yo no estoy pensando en pegarme un tiro en la cabeza. El señor Trumbull vivía solo, al parecer. Pero la casa está muy limpia y ordenada.

—La señora Benet venía una vez o dos a la semana a limpiar.

—¡Ah!, sí. La misma asistente del señor Davenport, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo ha visto todo ya?

—Creo que sí. —Grant dirigió una última mirada a la silueta dibujada en la alfombra—. Ahora, me gustaría echar un vistazo un poco detenido al garaje, si no le importa.

—Claro que no. Los dos estamos trabajando, ¿no es así?

El garaje, situado a la izquierda de la casa vista ésta de frente, era amplio y bien acondicionado, y tenía dos accesos: una puerta que comunicaba directamente con el vestíbulo de la casa, y la gran puerta alzable del frente, que podía funcionar manualmente, o por medio del mando a distancia, electrónicamente. Dentro del coche, estaba la pequeña caja de mandos, con los botones correspondientes. Todo normal. El coche era un «Chrysler» de dos litros automático.

—¿Encontraron algo interesante dentro del coche?

—No. Lo corriente.

Frente a la casa, pegados al bordillo, estaban los coches de Grant y Emerson.

—¿Dónde vive el hombre sin sueño? —preguntó Grant.

—¿Quién?

—El testigo que vio llegar el coche de Trumbull hacia las doce y media de la noche.

—¡Ah...! Allí enfrente.

—¿Tiene buena vista ese hombre?

—Yo diría que sí.

—Entonces, no hace falta que lo molestemos. ¿Y el señor Davenport? ¿Cuál es su casa? ¿La de al lado...?

—No. —Carnap señaló hacia la izquierda—. Hay otra casa entre las de Trumbull y Davenport. La de éste es la segunda de ese lado.

—Gracias. Ha sido usted muy amable y paciente, sargento.

Carnap encogió los hombros.

—¿Quiere decir que no necesita nada más?

—Por ahora no. ¿Le molestaría que recurriese a usted si se me ocurriese algo nuevo?

—Me encantaría —sonrió Carnap—. Bien, hasta la vista, señor Grant.

—Hasta la vista. De nuevo gracias.

Se estrecharon la mano. Grant quedó frente a la casa, y Carnap se metió en su coche y partió. Emerson estuvo unos segundos pensativo, dubitativo. Bueno, ¿y por qué no? ¿Qué tenía de malo visitar, por fin, a Elton Davenport? Hacía años que deseaba conocerlo, así que, ¿por qué no aprovechar la ocasión?

Caminó hasta la acera, y recorrió ésta hasta llegar frente a la casa del novelista. Segundos después, llamaba a la puerta. Oyó un zumbido eléctrico, y el chasquido de la cerradura. Empujó la puerta y entró, vacilante.

—¿Señor Davenport? —llamó.

—A su izquierda —le llegó la voz—: estoy en el despacho.

Guiado por la voz, Emerson localizó el despacho en seguida. La puerta estaba abierta, y, detenido en el umbral, Emerson echó un fotográfico vistazo al despacho.

Se podía decir que allí todo eran libros. La mesa estaba ante el ventanal, de espaldas a éste. Junto a la mesa, una mesita rodante, con una máquina de escribir en el soporte.

Al otro lado de la mesa, colocado de frente al ventanal, estaba el sillón de ruedas, ocupado por Elton Davenport, que tenía la cabeza vuelta hacia Emerson.

—Pase, pase —autorizó el inválido—. ¿Es usted de la Policía?

Emerson caminó hacia Davenport, mientras éste, con sus grandes y fuertes manos hacía girar las ruedas de la silla, de modo que ésta se orientó dando frente al visitante, que miraba con interés al inválido. Sentado allí, ¡qué diferente era aquel hombre del Elton Davenport que Emerson recordaba! Sí, sus facciones eran las mismas, por supuesto: grandes, sólidas, firmes, varoniles; ahora llevaba el cabello más largo, abundante, grisáceo...

—No —murmuró Grant—. No soy de la Policía, señor Davenport. Soy abogado, de la firma Mackenzie, Preston y Darwell.

—¡Ah! ¿Y cuál de esos tres es usted?

—Bueno —sonrió Grant—, aún soy muy joven para merecer el honor de que mi nombre figure en la firma. Sólo soy un empleado de ella. Mi nombre es Emerson Grant.

—Al verlo con el sargento Carnap por la ventana, pensé que también era usted policía. ¿Abogado? Bien, me pregunto qué pudo hacer por usted, señor Grant.

—No me gustaría privarle de su tiempo, señor Davenport, pero le agradecería unos minutos de conversación. Es sobre el asunto del señor Trumbull.

—Ya. Siéntese.

—¿Sabe que soy un gran admirador de usted, señor Davenport?

—¿De veras? En todo caso, será admirador de mis novelas.

—Bueno, sí, por supuesto, ya que nunca pude satisfacer mi deseo de conocerle personalmente... hasta ahora.

—¿Por qué? —se sorprendió el novelista.

—Ya había tenido usted el accidente de automóvil, y la verdad, saber que estaba usted... en esas condiciones. —Emerson señaló la silla de ruedas— me reprimió mucho. Y me hizo temer que usted no recibiría con agrado la visita de un simple admirador.

—Su actitud fue muy considerada —murmuró Davenport—. ¿De verdad le gustan tanto mis novelas?

—Palabra de honor —alzó Emerson una mano—. Especialmente, las primeras. Hasta llegar a «Susto», concretamente. Luego, estuvo usted bastante tiempo sin escribir. Y cuando volvió a hacerlo... ¿Le

estoy molestando?

—Un poco —admitió Davenport—. A nadie le gusta que le recuerden sus fracasos..., sobre todo, después de haber tenido éxito. Sé muy bien que mis novelas actuales no valen gran cosa.

—Eso es lo sorprendente. Al menos, para mí. ¿Qué pasó, señor Davenport?

—Si Rupert viviese, se lo explicaría muy bien. Al parecer, todo es debido al factor psicológico. Cuando, después de reponerme completamente de mi accidente, y descansar una larga temporada, volví a escribir, ya no era lo mismo. Algo pasó aquí dentro —se tocó la frente—, y las cosas no salían tan bien.

—El accidente le dejó inválido de las piernas, no de la cabeza. Es natural que dejase usted de practicar deportes, en cuyo terreno también lo admiraba, pero su cabeza no sufrió daño alguno. ¿O sí?

—Aparentemente, no. Pero si mis novelas son ahora mediocres, será por algo, ¿no?

—Factor psicológico —murmuró Emerson, moviendo la cabeza—. Sí, es posible, desde luego. Yo también pienso que el factor psicológico es decisivo en la vida de las personas. Supongo que por eso me gustaban tanto sus novelas: debía ser, por mi parte, algo así como... una sana envidia por su capacidad de penetración psicológica, lo que hacía que sus personajes fuesen... humanos.

—Supongo —sonrió levemente Davenport— que con esas facultades debe ser usted de los que descubren al asesino antes de llegar al final de la novela.

—¡Oh!, muy pocas veces, muy pocas... Ustedes son demasiado... tortuosos para mí. Pero, claro, disponen de mucho tiempo para planear sus «asesinatos», y, claro está, se lo arreglan todo a su gusto. La realidad, el asesinato real, siempre es diferente a las novelas.

—Usted está diciéndome que el asesino de la vida real siempre comete un fallo. ¿Es eso?

—Exactamente. ¿No está de acuerdo?

—Me temo que no —sonrió Davenport.

—¡Ah...!

—Al parecer, señor Grant, usted olvida que no sólo hay policías inteligentes: también hay asesinos inteligentes. Con frecuencia, más que los policías.

—Bueno, usted debe estar hablando de esos crímenes cometidos eventualmente, accidentalmente. Yo, en cambio, estoy hablando del asesinato planeado, en el que el asesino forma parte del ambiente habitual de la víctima.

—Yo también hablo de eso, señor Grant.

—Lo que significa que usted podría planear el asesinato perfecto... en la realidad.

—Naturalmente.

Emerson Grant se quedó mirando fijamente a Davenport.

—¿No puede usted caminar en absoluto?

—En absoluto. Sin esta silla, sería... como un pedazo de carne con ojos tirado en el suelo.

—¿Está seguro? Pienso que un buen especialista...

—Si conoce usted alguno mejor que el doctor Schulberg, avíseme —murmuró Davenport—. Tengo poco dinero, pero gastaría hasta el último centavo en su consulta.

Emerson asintió.

—Tiene usted una cantidad de libros impresionante, señor Davenport.

—Son mis únicos amigos. Y hasta ellos tienen un precio.

—¿Qué quiere decir?

—Que me cuestan dinero.

Emerson volvió a asentir, se acercó a una de las paredes, y tomó un libro, que hojeó. Sólo hasta llegar al tercero pudo encontrar la etiqueta de la librería que, al parecer, abastecía a Elton Davenport: «Weston Library - Bridgeport»...

—¿Busca algo especial? —preguntó Davenport.

—Solamente me estaba preguntando qué libros leía usted.

Emerson se acercó a la estantería y estuvo unos minutos mirando las novelas firmadas por Elton Davenport, convencido de que las había leído todas. Sorprendentemente, encontró dos títulos que no conocía, publicados por una editorial de poca monta. Regresó ante Davenport con ellos.

—¿Puedo quedarme con éstos?

—Sí.

—Es una edición muy barata, ¿no le parece? Y la editorial no es precisamente la más famosa de Estados Unidos.

—Y gracias —murmuró Davenport—. Últimamente a Rupert no

le era fácil colocar mis novelas. Los editores importantes han dejado de sentir interés por ellas, de modo que si algún editorzuelo está dispuesto a publicarlas, algo es algo... Escuche, señor Grant, me gustaría saber a que ha venido usted a mi casa. Espero que comprenda mi curiosidad, después de haberle visto con el sargento Carnap.

—Le comprendo. ¿Conocía usted bien al señor Trumbull?

—¿Bien? Bueno, supongo que sí... Todo lo bien que puede llegarse a conocer a un ser humano.

—Supongo que le han explicado cómo fue hallado, e incluso es de esperar que le hayan mostrado algunas fotografías. ¿Es así?

—Sí, en efecto.

—¿Y qué opina usted de eso?

—¿De qué?

—Bueno, pues de todo eso: se sienta en la alfombra, se pone a beber champán en un zapato de mujer mientras sostiene unas bragas en la otra mano, y luego se pega un tiro en la cabeza... ¿Usted le encuentra sentido a esto?

—Yo no. Pero yo no soy Rupert Trumbull.

—¿Quiere decir, con eso, que puede admitir que él lo hiciera?

—¿Cómo que si puedo admitirlo? Él lo hizo, eso es todo.

—Pero ¿usted cree que eso encaja con el modo de ser de Rupert Trumbull?

—No estoy muy al corriente de la vida privada de Rupert. Pero si lo hizo es que entraba dentro de sus posibilidades, ¿no?

—La señora Trumbull no lo cree así.

—¿Katy? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—La señora... quiero decir la exseñora Trumbull, Catherine Gropper, Katy, como usted la llama, dice que no cree que el señor Trumbull se haya suicidado.

—¡Ésta es buena...! ¿Y por qué dice eso Katy?

—Asegura que su exmarido era el hombre más canalla, sucio, cerdo, cobarde, egoísta y vil que haya conocido en su vida..., y que un hombre así no se suicida por nada. Puede matar, pero nunca suicidarse.

—¿Eso ha dicho Katy? —exclamó Davenport.

—Textualmente. Palabra por palabra, señor Davenport.

—Vaya... ¿Y qué dice la Policía?

—La Policía dice que el señor Trumbull se suicidó.

—¿Y usted va a creer más a esa chiflada que a la Policía?

—Esa «chiflada» es cliente de Mackenzie, Preston y Darwell, señor Davenport. Y para mi firma, un cliente es un dios. Aunque no sea un cliente importante.

—Pero bueno..., ¿qué es lo que pretende Katy con esto?

—Si nosotros demostramos que el señor Trumbull fue asesinado, la exseñora Trumbull cobrará doscientos cincuenta mil dólares de la «New Life Insurance», conforme se estipula en la póliza contratada por su marido como una de las condiciones para el divorcio. Pero si se establece definitivamente que el señor Trumbull se suicidó, la señora Trumbull no cobrará ni un centavo, ya que en la póliza está expresamente establecido que el suicidio no devenga prima alguna.

—¡Por el cielo...! —exclamó Davenport entre carcajadas—. ¡Es lo más divertido que he oído nunca!

—Es una cláusula corriente, señor Davenport.

—¡Pero si no me refiero a la cláusula! ¡Me refiero a Katy...! ¿De modo que ella les ha contratado a ustedes para que demuestren que Rupert fue asesinado, que no se suicidó?

—Exactamente.

—¡Pero bueno...! ¡Esto es fantástico! ¿Y cómo piensa usted demostrar semejante cosa?

—Creo que solamente podría demostrarla si fuese cierta; es decir, si el señor Trumbull hubiese sido asesinado.

—¡Asesinado...! ¿Y cómo? ¡Todos los indicios...!

—Señor Davenport, no me decepcione. Vamos a considerar los dos todos los indicios, imaginémonos la escena en la que yace el señor Trumbull... ¿Admitiría usted la *posibilidad* de que esa escena *pudiera* haber sido *preparada* por alguien?

—Bueno... Novelísticamente hablando...

—No, no, no. *Realmente* hablando, señor Davenport. Cierre los ojos, recuerde las fotografías, todos los detalles.

—Bien... Supongo que sí.

—Ni siquiera ha cerrado usted los ojos para poner en marcha su memoria —sonrió Emerson.

—Esto es formidable... ¡Usted es fantástico, señor Grant! Pero dígame: ¿quién pudo preparar una escena semejante? ¿La dueña del zapato y las braguitas?

—¡Cielos, no! ¡Haría falta ser imbécil para hacer semejante cosa! Y ya que hablamos de la mujer... ¿Qué puede decirme al respecto?

—Al respecto..., ¿de qué?

—De mujeres. El señor Trumbull estaba divorciado, de modo que cabe suponer que tuviese alguna que otra relación femenina. ¿Alguna vez traía chicas a su casa?

—¿Cómo demonios voy yo a saber eso?

Emerson señaló la ventana.

—Imagino que, en sus ratos de descanso, pasa usted no poco tiempo ante esa ventana...

—Es usted muy perspicaz. Sí, conozco algunas cosillas, es cierto. Nada importante. En cuanto a Rupert, no sé si alguna vez trajo a chicas a su casa.

—¿Alguna vez hablaron ustedes sobre ese tema?

—No —gruñó Davenport—. No soy de los que conversan sobre algo tan íntimo.

—Anteanoche, usted vio llegar dos veces al señor Trumbull a su casa. ¿Ninguna de las veces le acompañaba una mujer?

—No lo sé.

—Pues usted estaba mirando por la ventana, dice que lo vio las dos veces...

—Un momento, un momento. Yo no estaba mirando por la ventana. Yo estaba aquí, ante la ventana, fumando en paz una pipa. Había terminado hacía poco mi última novela, y, simplemente, vi el coche de Rupert al llegar la segunda vez...

—¿Y la primera vez? Entonces aún no había terminado usted su novela, y sin embargo, estaba aquí, ante la ventana. ¿No?

—Sí. Estaba reflexionando sobre la última página. La escribí por fin, hacia las once, y me dediqué a fumar, relajándome.

—Comprendo eso. Bueno, usted vio llegar al señor Trumbull, y ninguna de las veces vio una mujer que...

—Espere. Yo no vi llegar a Rupert. Vi llegar su coche.

—Una puntualización muy interesante. O sea, llegó el coche, entró en el garaje, y eso fue todo lo que usted vio. ¿Vio, quizá, alguna luz?

—No. Pensé en llamar a Rupert por teléfono, para que viniera a recoger el original. Sí, pensé llamarlo por teléfono, pero me pareció bastante inoportuno; ya habíamos convenido que vendría por la

mañana a buscarla.

—¿Eso cuándo fue?

—Por la tarde, cuando le llamé para decirle que sí, que tendría la novela terminada al día siguiente.

—Esa llamada la hizo usted antes de las...

—Bueno, serían las cuatro, o algo así. Creo que él se fue la primera vez hacia las cinco y media.

—Y volvió a las diez y media, se marchó de nuevo algo más tarde de las once, y regresó hacia las doce y media. ¿Correcto?

—Sí. Más o menos, ésas fueron las horas en que se movió.

—¿Y no sabe usted a dónde fue?

—Claro que no. No me explicaba su vida, ciertamente. Ni yo se la preguntaba. Era mi agente, eso es todo.

—De acuerdo. Volvamos al tema de las chicas. Evidentemente, una mujer ha tenido algo que ver, directa o indirectamente, en la muerte del señor Trumbull, ¿no le parece?

—Bueno, no sé... Francamente, no sé. Su actitud parece la de un fetichista, diría yo. Quizá tenía el zapato y las bragas de esa chica, y... ¡Yo qué sé! Hay tipos muy raros, ¿lo sabía?

—Sí —sonrió Grant—, lo sé. Algunos roban prendas femeninas para luego olerlas, o ponérselas... Cosas así.

—Exacto.

—La pregunta, refiriéndose al señor Trumbull, es si esas prendas las robó a cualquiera o eran de alguien que a él le importaba. Supongo que usted sabe que la Policía también tiene interés por encontrar a la propietaria del zapato y las braguitas.

—Sí, claro... Es natural. Pero puede que, precisamente la propietaria de eso, no tenga gran cosa que ver con Rupert.

—Sería interesante que nosotros conociésemos a algunas de sus amistades femeninas con posibilidades de haber tenido relaciones íntimas con él. ¿Se le ocurre alguien, señor Davenport?

—No... Por el momento, no.

—La asistente de usted, la señora Benet, hacía también la limpieza de la casa del señor Trumbull. ¿Le parece que la señora Benet podía saber algo?

—Me parece posible a mí... y a la Policía, que creo ha interrogado ya a Sarah al respecto. Sarah es la señora Benet, claro.

—Sí, lo he entendido. Sarah Benet. ¿Podría darme usted su

dirección?

—Puedo apuntarle su número de teléfono.

—Se lo agradeceré.

Emerson proporcionó papel y bolígrafo a Davenport, y éste anotó el número. Emerson lo miró, y se guardó el papel.

—La última pregunta, señor Davenport... Supongamos que el señor Trumbull hubiese llegado acompañado una de las dos veces: ¿habría podido ver usted dentro del coche a su acompañante?

—Puede usted mismo echar un vistazo —señaló la ventana el novelista.

—Ya lo he hecho. Pero ahora es de día, y lo que yo quisiera saber es lo que puede verse de noche.

—Si la persona que acompañase a Rupert estuviese en el coche sentada junto a él, se la podría ver, aunque no identificar, me parece. Pero si decidía esconderse en la parte de atrás, o deslizarse en el asiento delantero, no podríamos verla.

—Entiendo. Gracias por todo, señor Davenport.

—Venga cuando quiera. Me gusta conversar con usted.

—¿Sí? Es muy amable. Pero ¿por qué le gusta?

—Tiene usted un cerebro desmenuzador —sonrió Davenport—. Me gustaría mucho estar al corriente de sus investigaciones. Pero si es mucho pedir...

—De ninguna manera. Le iré informando con mucho gusto. Ah, otra cosa. Es respecto a su última novela... ¿Qué piensa hacer con ella, ahora que ya no cuenta con el señor Trumbull para que se la negocie?

—Bueno, supongo que tendré que enviarla por correo. O quizá me busque otro agente. No lo he pensado aún.

—Yo resido en Nueva York, tengo buenos amigos allí. Si le parece, puedo llevarme su original, y quizá conseguiría colocarlo en alguna editorial mejor que las últimas que usted frecuenta.

—¿Quiere decir que usted, que no está introducido en el negocio, lo haría mejor que Rupert?

—Depende de la novela, claro. Pero si es buena, yo puedo colocársela. Me gustaría colaborar con usted aunque fuese tan modestamente.

—¿Qué pierdo con ello? —señaló la mesa—. Encontraré el original y dos copias en el segundo cajón de la derecha.

En efecto, allí estaba la novela terminada apenas día y medio atrás. Emerson Grant tomó el original y una sola copia, y se acercó a Davenport con la mano tendida.

—Hasta pronto, señor Davenport.

—¡Adiós! No olvide tenerme informado de sus pesquisas.

—No lo olvidaré. Sinceramente, ¿cree usted que estoy loco por remover un caso que parece tan claro?

—Es su trabajo, ¿no?

—Claro. Y además, ¿sabe?, nos encontramos de nuevo con el factor psicológico. Me refiero que la exseñora Trumbull debía conocer muy bien a su marido, ¿no le parece? Considerando esto, ¿no le parece razonable que yo investigue el suicidio de un hombre que, según su exesposa era tan egoísta y muchas cosas más que jamás sería capaz de suicidarse?

—Sí —sonrió Davenport—. El factor psicológico siempre es muy importante, señor Grant. Siempre. Y precisamente por eso, podemos admitir que Rupert se suicidase.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir?

—Si él era tan cerdo, canalla y todo lo demás que su exmujer dice... ¿no le parece que bien pudo suicidarse para fastidiar en grande a Katy, para evitar que ella cobrase nada menos que un cuarto de millón de dólares?

—Caramba —parpadeó Emerson—. ¡No se me había ocurrido contemplarlo desde ese ángulo, francamente! Pero sería un precio muy alto sólo para fastidiar a su exesposa, ¿no cree?

—Quizá algo no iba bien en la vida de Rupert, quizá iba a morir pronto... ¡Yo qué sé! Y sobre todo, no olvidemos el factor psicológico: quizá estaba loco y nadie nos habíamos dado cuenta.

—Perfectamente posible —asintió Grant—. Bien, ¡adiós!

CAPÍTULO III

—¿Señora Benet?

—Sí...

—Soy Emerson Grant, señora Benet. La he llamado antes liara pedirle su dirección y rogarle que me recibiera.

—Sí, sí... Pase, señor Grant.

La señora Benet se apartó del umbral, y cerró la puerta cuando Emerson hubo entrado en el pequeño apartamento, que podía abarcarse de un solo vistazo. La mujer sonrió, como disculpándose.

—Estoy siempre tan ocupada atendiendo las casas de otras personas que la mía está hecha un asco —dijo.

—De ninguna manera —sonrió también Emerson—: es un apartamento muy agradable, señora Benet. ¿Vive usted sola?

—Tengo un hijo y una hija. Están estudiando ahora... Soy viuda y tengo que trabajar mucho para salir adelante. Me encuentra usted en casa por casualidad: hoy y el domingo son los únicos días que tengo libres; y algún sábado que otro. ¿Quiere café, señor Grant?

—No, gracias. He tomado ya tres esta mañana..., y además, no quisiera entretenerla demasiado. Sólo quisiera hacerle algunas preguntas sobre el señor Trumbull.

—¡Ah...! ¡Pobre señor Trumbull! ¿Por qué haría una cosa así?

—Eso es precisamente lo que nos estamos preguntando. Bien, ante todo sepa usted que no soy policía, sino abogado. Trabajo para una firma que me ha encargado una investigación. De todos modos, para su tranquilidad, le diré que el Departamento de Policía ha autorizado mi... fisgoneo en este asunto. Si desea comprobarlo puede llamar al sargento Carnap.

—No, no... ¿Qué desea usted saber?

—Se trata de que usted piense que la consideraría una curiosa o una cotilla, señora Benet. En definitiva, todos estamos tratando de encontrar algo que... justificase el acto del señor Trumbull.

—¡Oh, Dios mío!, ¡no creo que eso tenga nunca ninguna justificación, la verdad!

—Nunca se sabe. El señor Trumbull tenía una prenda femenina íntima en una mano, y que había un zapato, también de mujer, sobre la alfombra...

—Sí, sí... ¡Ha sido una cosa extraordinaria!

—En efecto, no es corriente. He pensado, señora Benet, que quizá se le ocurriría a usted el nombre de alguna dama que pudiera ser propietaria de esas prendas.

—¡Ah!, no. Precisamente, el sargento Carnap ya me hizo toda una serie de preguntas relacionadas con eso.

—Cuando usted iba a poner en orden la casa, ¿estaba presente el señor Trumbull, o la dejaba sola?

—Algunas veces, él estaba allí, trabajando en su despacho, pero casi siempre estaba sola. Tengo una llave, así que iba los días convenidos, o a veces, si me salía algún otro trabajo suelto, cambiaba los días.

—Claro. En las veces que estaba usted sola..., ¿no llamó por teléfono alguna mujer, preguntando por el señor Trumbull?

—¡Oh!, sí. Varias. Y hombres también, claro. Yo tomaba el recado, lo anotaba, y dejaba la nota sobre la mesa del despacho del señor Trumbull.

—¿Ninguna mujer llamaba más veces que otra? ¿Nunca notó usted nada especial en ninguna de ellas?

—La verdad es que no.

—¿Nunca le visitó una mujer?

—No. No, no, seguro.

—¿Le parecía a usted buena persona el señor Trumbull?

—¿Buena persona? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, lo que pregunto es si el señor Trumbull le parecía a usted generoso o tacaño, amable o descortés, afectuoso o rudo, cosas así.

—No sé. Mire, él recibía un servicio de mí, me pagaba, y eso era todo. Era educado, eso sí. Sólo eso.

—Ya. Eso lo define como bastante diferente del señor Davenport, ¿no es cierto?

—¡Desde luego! No es que pretenda hablar mal del señor Trumbull, pero, como usted dice, era diferente del señor Davenport.

Éste si es amable y atento.

—Eso es muy meritorio en un hombre en sus condiciones, ¿no le parece? Hace falta tener un carácter muy recio para no vivir amargado..., y resultar desagradable a los demás. ¿Recibe, muchas visitas el señor Davenport?

—Que yo sepa, nunca ninguna. A excepción, precisamente, del señor Trumbull, claro.

—¿Visitaba con mucha frecuencia el señor Trumbull al señor Davenport?

—¡Oh, no! El señor Davenport siempre hacía cosas.

—Me alegro por él. ¿Haciendo cosas? ¿Qué clase de cosas?

—Pues arregla batidoras, o aparatos de radio, o hace estanterías para sus libros, o marcos para cuadros... ¡Tiene unas manos mágicas! Claro que eso lo hace sin interés ninguno, quiero decir como pasatiempo... Bueno, él dice que es un sedante para sus nervios. ¿Ve usted ese mueble donde está el tocadiscos? ¡Lo hizo él, de principio a fin!

—Caramba —sonrió—, ¡no ha de ser fácil hacer eso! Pero hace falta madera, barniz, herramientas...

—El señor Davenport tiene toda clase de herramientas. Las demás cosas, yo se las compro: madera, barniz, clavos, pintura, piezas eléctricas... Cuando le dije que mis hijos estaban empeñados en comprar una discoteca, pero que valía demasiado, me dijo que él podía hacérmela. Así que le envié a Albert y Polly..., mis hijos, ¿sabe?, y ellos le dijeron exactamente lo que querían y como lo querían. Él les dijo lo que tenían que comprar, se lo llevaron, y... ¡ahí tiene!

—Me alegro de veras. De todos modos, me gustaría saber si el señor Trumbull le visitaba con frecuencia.

—Pues no sé. Creo que iba algunas veces a charlar con él, algunas tardes. Y luego, claro, si era su representante... No sé, pero supongo que sí, por algunos comentarios que hacía a veces el señor Davenport.

—¿Qué comentarios?

—¡Oh!, alguna referencia al señor Trumbull: que si había dicho esto o lo otro, que si el día anterior se había ido a Nueva York por asuntos de trabajo... Cosas así.

—¿Nunca nada relacionado con alguna mujer de la que el señor

Trumbull hubiese hablado de modo especial con el señor Davenport?

—¡Ah!, no, eso no. Nunca.

—Bien. —Emerson movió la cabeza con gesto de desaliento—. Parece que la he molestado por nada, señora Benet. Estoy alojado en el «Clarion Hotel», y pienso que si recordase algo nuevo quizá fuese tan amable de llamarme.

—Lo haría con mucho gusto.

—Muchísimas gracias. Oh, ahora que he mencionado el «Clarion»... Estoy esperando un recado allí. ¿Me permite utilizar su teléfono?

—Desde luego.

Emerson Grant telefoneó al «Clarion Hotel», donde, en efecto, tenía un importante recado para él.

CAPÍTULO IV

El «Clarion Hotel» estaba en Fairfield Avenue, cerca del cruce con Main Street; era un moderno edificio de seis pisos solamente, lo que le daba un aspecto confortable y simpático. Y lujoso, por supuesto.

En un rincón del vestíbulo, dos personas estaban esperando a Emerson: uno de sus jefes, el señor Preston, y la señora Catherine Gropper, es decir, la viuda divorciada del fallecido Rupert Trumbull.

A Emerson Grant no le gustaba la exseñora Trumbull. Y no en un sentido sexual, cosa lógica teniendo en cuenta que su relativa belleza física estaba ya bastante marchita a sus cuarenta y nueve años, sino el aspecto estrictamente humano. Catherine Gropper era delgada, de ojos azules demasiado fríos para el gusto de Emerson, y su boca era una delgada línea que se apretaba siempre con un gesto de dureza impropio de una mujer. Ni siquiera tenía el atenuante de ser elegante, aunque quizá en esto influía que la pensión de divorcio que le había estado pasando Rupert Trumbull no había sido precisamente generosa.

En cuanto al señor Preston, era un hombre alto, serio, sobrio, elegante. Cualquiera podía darse cuenta inmediatamente de que Preston era una persona de categoría.

—¿Y bien, Emerson? —preguntó Preston—. ¿Cómo va todo?

—Bueno, señor, empecé esta misma mañana, hace apenas cuatro horas...

—Entiendo. Sí, por supuesto. Pero quizá ha obtenido ya alguna primera impresión.

—Todo parece indicar que se trata de un suicidio.

—¡Nada de eso! —intervino Catherine Gropper—. ¡Les repito que ese miserable era incapaz de privarse a sí mismo de nada suyo...! ¡Y menos de la vida!

—Señora Trumbull —la minó amablemente Emerson—, estoy en el asunto con mucho interés, pero no debemos obcecarnos. Lo último que nos queda por conseguir, tanto a la Policía como a mí, es una pista sobre la mujer que... perdió las prendas que encontraron junto a su exmarido. Quizá eso nos aclare algo. De todos modos —se apresuró a añadir—, eso no significa que yo no esté buscando posibilidades por otros caminos.

—Si algo no encaja, Emerson lo encontrará, señora Trumbull —aseguró Preston—. Mientras tanto, nosotros nos ocuparemos de lo demás.

—¿Lo demás, señor? —Alzó las cejas Emerson.

—Debe haber un testamento de Rupert Trumbull, ¿no? Habrá que interesarse por eso, y buscar el modo de que la señora Trumbull no resulte perjudicada en demasía.

—Ese cerdo no me habrá dejado nada, estoy segura —musitó Catherine.

Los dos hombres la miraron, pero no hicieron comentario alguno sobre el de ella. Emerson se rascó la barbilla, pensativo.

—¡Ese zorro de Carnap...! —Gruñó—. Me pregunto si tendrá acceso al testamento de Trumbull antes de la lectura oficial. Sea como sea, ni siquiera lo mencionó.

—¿Y en qué puede influir eso?

—Pienso que quizá en el testamento se mencione a alguna mujer... que podría ser la propietaria del zapato, señor. ¿Podríamos nosotros acceder al testamento?

—Oficialmente, lo dudo —movió la cabeza Preston—, pero he pensado visitar al notario que lo tramitó, con la esperanza de que nos adelante algo de su contenido.

—¿Y ha venido usted solo, señor?

—Hay mucho trabajo en Nueva York... De todos modos, si veo que no alcanzo a todo llamaré para que me envíen ayuda para todas estas cuestiones legales.

—Sí, señor Preston... ¿Asistirá usted al entierro, señora?

—Asistirá —contestó Preston por Catherine—. No sólo es... conveniente, sino que al parecer Rupert Trumbull no tenía a nadie más en el mundo.

—Una esposa... divorciada —murmuró Emerson—: la verdad, no es tener mucho.

—Vamos al comedor.

Durante el almuerzo, Emerson explicó a su manera y conveniencia sus pasos durante aquella mañana. Terminado el almuerzo, cada cual fue a su habitación.

En su habitación, Emerson Grant se tendió en la cama tras encender un cigarrillo, y quedó pensativo. Un par de minutos más tarde, dirigió la mirada hacia el portafolios, que había dejado sobre un sillón. Fue a buscarlo, sacó de él la última novela escrita por Elton Davenport, y volvió a tumbarse en la cama.

Cuando vino a darse cuenta, se encontró con la palabra «Fin». Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando el techo. Luego, se sentó en el borde de la cama, y se pasó las manos por los cansados ojos.

Sin embargo, Emerson Grant volvió a tumbarse en la cama, e inició la lectura de una de las novelas ya publicadas.

Estaba por la mitad cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Emerson? Soy Preston. ¿Se encuentra bien, muchacho?

—Sí, perfectamente, señor.

—Estamos en el vestíbulo. ¿Qué le parece si baja, cenamos juntos y volvemos a cambiar impresiones?

—Bueno, señor, estoy ocupadísimo ahora, tomando notas... Creo que cenaré un par de bocadillos en mi habitación, si no le importa. Además, no tengo nada nuevo que decirle, por ahora... ¿Cómo le ha ido a usted?

—No demasiado bien. El entierro será mañana por la mañana. Respecto al notario, no ha habido forma de entendernos. Quizá sería buena idea que hablase usted con el sargento Carnap, a ver si él sí ha conseguido algo.

—Ya he pensado en ello, señor, pero prefiero dejarlo para mañana, si no le importa.

—¿Seguro que se encuentra bien? ¿Seguro?

—Segurísimo señor. Gracias por su interés. ¿Le parece bien que nos encontremos por la mañana en el vestíbulo, para ir al entierro?

—¿Va usted a ir? ¿Por qué?

—Pienso que si había una mujer que pudo... obsequiar a Trumbull con un zapato y unas braguitas quizá ella también sintiera algo por él..., y no pueda resistirse a acudir al entierro, señor.

—¡Buena idea!

—Eso, claro, en el supuesto de que exista tal mujer propietaria de esas cosas.

—¿Qué quiere decir?

—Si el señor Trumbull se suicidó, no conseguiremos complacer a nuestra clienta, encontremos o no a la mujer del zapato. Pero si fue asesinado, evidentemente ese zapato y las braguitas serían una pista falsa, dudo mucho que encontrásemos a ninguna mujer.

El señor Preston permaneció en silencio unos cuantos segundos de más. Por fin, murmuró:

—Nos veremos mañana, Emerson.

—Hasta mañana, señor.

Grant colgó, y volvió a la lectura. Cuando terminó aquella novela eran las once de la noche. ¡Al demonio la cena! Ni siquiera tenía apetito. ¿O sí?

—Al demonio —dijo en voz alta.

CAPÍTULO V

Lucía el sol, pero hacía frío aquella mañana en la que Rupert Trumbull fue colocado en su última morada, dentro de un reluciente ataúd de buena calidad.

El acompañamiento era bastante nutrido, pero, desde el primer momento. Emerson había destacado a la muchacha pelirroja. Debía tener alrededor de veinticinco años. Al principio le llamó la atención porque vio que el sargento Carnap conversaba unos minutos con ella. Luego, simplemente porque la muchacha valía la pena. Era preciosa y punto.

Naturalmente, la pregunta se formuló en la mente del abogado investigador: ¿era aquélla la muchacha del zapato y las braguitas y Carnap la había hallado? En su fuero interno, Emerson deseó que no, que aquella chica de resplandecientes cabellos rojos no hubiese sido amante de Trumbull. Pero...

Distraído en sus pensamientos, se perdió las formalidades de la ceremonia, de modo que cuando vino a darse cuenta los invitados ya se estaban despidiendo de Catherine Trumbull. Una situación algo chocante, ya que hacía años que la mujer y Trumbull ni siquiera se veían, pero, a alguien había que darle el pésame, y, al parecer, no había nadie más en la vida de Rupert Trumbull..., a excepción de la Cenicienta, claro. Bueno, ¿por qué no? Llamar así a la propietaria del zapato y las bragas era más poético y fácil que andar siempre diciendo «la chica del zapato y las braguitas»...

—¿Qué tal, señor Grant?

Emerson volvió la cabeza a su derecha, y sonrió al ver a Carnap contemplándole socarronamente.

—¡Hola, sargento! ¿Qué le ha traído por aquí?

—Lo mismo que a usted: la posibilidad de encontrar a la chica del zapato y de las...

—La Cenicienta, vamos.

—Vale: la Cenicienta. ¿Ha encontrado usted alguna pista?

—No. ¿Y usted?

—Yo sí —sonrió Carnap de oreja a oreja.

—¿De veras? ¿Cómo lo consiguió?

—Desde luego, no con el notario. —Carnap no dejaba de sonreír—. Digamos que buscamos adecuadamente, o sea, en el círculo profesional del señor Trumbull.

—Claro. Eso lo tenía yo en proyecto. ¿Por qué no me ahorra tiempo, sargento?

—De acuerdo. Finalmente, conseguimos saber que Trumbull se relacionaba... muy asiduamente con una mujer, una novelista llamada Evangeline Farr...

—¡Evangeline Farr! ¡La conozco! Bueno, quiero decir que he leído muchas de sus novelas... Bueno... ¿ella sostenía relaciones... íntimas con Trumbull?

—Parece más que posible, a juzgar por la información obtenida.

—Entiendo. Pero... es extraño, ¿no cree? Ella no ha venido al entierro...

—Según parece está en Nueva York, y evidentemente no se ha enterado, ya que ella tenía que encontrarse allí con Trumbull estos días. Y también cabe pensar que la señorita Farr sabe perfectamente lo sucedido, pero precisamente por eso no quiere hacer acto de presencia... ¿Usted qué opina?

—¿Se le ha ocurrido llamar por teléfono a la señorita Farr a su domicilio? —sonrió Emerson—. ¿O ir allá?

—Se me han ocurrido las dos cosas. Pero el teléfono no contesta, lo que parece indicar que la señorita Farr no está en casa. Lo cual concuerda con su viaje a Nueva York.

—¿De dónde ha sacado usted toda esa información del viaje?

—La he obtenido de la señorita Atherton: Merle Atherton.

—¡Ah! ¿Y quién es esa señorita?

—Algo así como una secretaria de Evangeline Farr, pero con mucho dinero.

—¿Mucho?

—Sí, en efecto, está ganando muchísimo dinero. Y al decir muchísimo estoy hablando incluso de millones de dólares.

—¡Caramba! ¿Tanto?

—Sí, sí. Y los merece, se lo aseguro. Como lector empedernido

de novelas policíacas, sé lo que digo. Empecé a leer novelas policíacas a los seis años..., y no he parado desde entonces. La Farr es una de las mejores novelistas mundiales del género, actualmente.

—Caramba, caramba... ¡Debe estar gastando dinero a vagones en Nueva York!

—Seguramente. Bueno, sargento, seguimos cambiando impresiones, ¿no es cierto?

—Seguro que sí. Seguimos colaborando, muchacho.

—Estupendo. ¿Qué tal si me proporciona el teléfono de esa señorita Atherton?

—¿Para qué lo quiere?

—Espero que no le sorprenda que desee hablar con ella.

—No, claro que no. Eso lo entiendo. Lo que no entiendo es que tenga usted que llamarla por teléfono estando la chica aquí.

—¿Aquí? ¿En el cementerio?

—Claro. Ella conocía a Trumbull, lógicamente, y ha tenido el detalle de venir al entierro.

—¿De modo que está aquí...? ¡Un momento! ¿No será...?

—¿La pelirroja a la que usted no ha quitado ojo? —sonrió de nuevo Carnap de oreja a oreja—. Justo: ésa es, muchacho. La bonita pelirroja con la que usted me vio charlar antes. Es todo un bombón, ¿no está de acuerdo?

—Por completo —sonrió Emerson.

—Si quiere, se la presento.

—Usted se está divirtiendo conmigo, ¿verdad?

—No se lo tome a mal. Además, le estoy facilitando datos. Y por tanto ahorrando su tiempo. ¿Cierto?

—Cierto —admitió Emerson.

—Entonces, no se enfade, hombre. ¿Le presento a la chica?

—¿Ve usted, sargento? ¡Para esta clase de asuntos nunca he necesitado intermediarios!

—Que le vaya bien —rió Carnap.

Emerson asintió, hizo un gesto de despedida, y se encaminó en pos de la muchacha pelirroja, que se dirigía hacia la salida del cementerio. Cuando la alcanzó continuó caminando a su lado cuando la muchacha le miró.

—¿Puede dedicarme unos minutos, señorita Atherton? —pidió

—Por supuesto, señor Grant. Ya me advirtió el sargento Carnap

que usted querría hablar conmigo. ¿Tiene coche?

El desconcertado Emerson asintió con un gesto.

—Puedo llevarla adonde guste, naturalmente. Aunque el favor que quería pedirle quizá perturbe sus planes de esta mañana.

—No es nada que no pueda aplazar. ¿De qué se trata?

—Me gustaría ir al apartamento de Evangeline Farr.

—No vive en un apartamento, sino en un hermoso chalé, cerca de Nichols Road. Puedo facilitarle la dirección.

—Es usted muy amable, pero sucede que no conozco Bridgeport.

—¿Quiere que le acompañe? ¿Es eso?

—Bueno —sonrió Emerson—. Además de práctico, sería muy agradable para mí. Y por si le hago perder mucho tiempo, me ofrezco a servirle de chófer mientras lo considere necesario... ¿Tiene usted alguna cita para almorzar?

—No.

—Espléndido. ¿Acepta entonces?

—Por supuesto que sí. No es corriente encontrar un hombre tan convincente, se lo aseguro.

Un minuto más tarde, se alejaban del cementerio en la dirección indicada por Merle Atherton. Circularon en silencio dos o tres minutos, hasta que por fin, Emerson murmuró:

—¿Tiene usted llave de la casa de la señorita Farr?

—Claro que no. ¿Por qué habría de tenerla? ¿Realmente habría utilizado usted mi llave para entrar en la casa, sin permiso de nadie?

—No pretendo comprometerla a usted. Y de todos modos, puesto que no tenemos llave, no hay caso.

—Entonces, ¿por qué seguimos yendo hacia allí?

—Me gustaría echarle un vistazo a la casa. Supongo que está al corriente de lo que se dice que había entre Evangeline Farr y el señor Trumbull.

—En efecto.

—¿Es cierto?

—Desde luego. Eran amantes.

—Trumbull tenía cincuenta y dos años... Y según lo que he leído sobre Evangeline Farr, ésta tiene veintiocho. Es muy joven.

—¿Para escribir o para tener relaciones con un hombre que le lleva veinticuatro años?

—Aguda pregunta. Bien, yo diría que para ambas cosas.

Pocos minutos más tarde, Emerson detenía el coche frente a la casa de Evangeline Farr, tras haber dejado atrás Nichols Road y las últimas casas de aquella parte de la ciudad. La de Evangeline Farr estaba prácticamente aislada, cerca de un bosquecillo de pinos. La casa más cerca a la suya estaba no menos de un cuarto de milla.

—Es un lugar muy agradable —comentó Emerson, al salir del coche.

—Y tranquilo. Se supone que muy conveniente para un escritor. Bien, ahí tiene la casa... ¿Qué hacemos ahora?

—¿Comunica el garaje con la casa? —preguntó Grant.

—Sí, sí.

—Me pregunto si la señora Farr se habrá dejado alguna ventana sin cerrar.

—Lo dudo mucho. Es una persona muy cuidadosa. Señor Grant, espero que no esté usted buscando complicaciones.

—No, no las estoy buscando. Venga, echaremos un vistazo por el exterior.

Rodearon completamente la casa. Había una pequeña piscina en la parte de atrás, cuyas quietas aguas se veían cubiertas de hojas del enorme plátano solitario que en verano debía sombrear aquella parte de la casa. Todo estaba cerrado, y no había modo de atisbar el interior de la casa, pues las cortinas estaban corridas. Emerson y Merle llegaron finalmente junto a la pared lateral del garaje. Había allí una contraventana de madera, corredera, que lógicamente también debía estar cerrada.

Pero no lo estaba. Simplemente, estaba colocada de modo que ocultaba y protegía la ventana de cristal, que quedó visible cuando Emerson desplazó la contraventana sin ningún esfuerzo ni violencia. También la hoja de cristal estaba abierta. Emerson miró a Merle, que contemplaba asombrada aquel fallo. Luego, Emerson miró al interior del garaje. Vio el coche. Estuvo contemplándolo unos segundos antes de volverse a mirar a la todavía más sorprendida Merle Atherton.

—¿Cuándo habló con usted por primera vez el sargento Carnap? —preguntó.

—Anoche... ¡Ése es el coche de Evangeline!

—¿Vino usted aquí con el sargento?

—No. Sólo estuvimos llamando por teléfono.

—Pero le dio usted esta dirección, claro está.

—Sí, claro.

—¡Ese viejo zorro...!

Sin más, Emerson se encaramó a la ventana, y saltó al interior del garaje. Al otro lado estaba la puerta que comunicaba con el interior de la casa. Se acercó a ella, la abrió, y apareció en el vestíbulo. Localizó el interruptor de la luz, la encendió, y se quedó mirando alrededor. Nada importante.

Una escalera blanca que subía hacia el piso destinado a dormitorio. Un pasillo iba, por debajo de la escalera, hacia la cocina y la parte de atrás de la casa. A la izquierda, dos puertas, una de ellas entreabierta. Emerson la empujó, y echó un vistazo tras encender la luz. Era un despacho. Salió, y abrió la otra puerta. También encendió la luz de esta pieza, que resultó ser el salón.

Evangeline Farr estaba completamente desnuda, tendida boca arriba sobre la alfombra, en el centro del salón, con los brazos y las piernas separados del cuerpo. Parecía de color azulado... Sus ojos destacaban del rostro como dos grandes bolas de cristal helado. Su boca estaba horriblemente crispada, abierta, dejando salir la lengua, de un todo casi negro.

La mirada de Emerson giró velozmente en torno. Vio las ropas de mujer sobre un sillón, y en el suelo, esparcidas de modo caprichoso, como tiradas allí de cualquier manera. Cerca de Evangeline Farr había un zapato. Un solo zapato.

¿Y las braguitas? Emerson las buscó por todo el salón, pero no las encontró.

Se acercó al cadáver, cuidando muy bien de no tocar ni alterar nada, pisando cuidadosamente. Evangeline Farr había sido estrangulada, y acto seguido, violada. ¿O al revés? Lo cierto era que se veía en el vello de su pubis, y en sus muslos, rastros secos de este acto. ¿Primero violada y luego estrangulada, o primero estrangulada y luego violada? En cualquier caso, era horrible lo que había sucedido allí... Y el hedor era insoportable.

Así estaba Emerson Grant cuando oyó la llegada de dos coches, que se detuvieron frente a la casa. Esto fue lo que finalmente le hizo reaccionar. Fue al garaje, y saltó por la ventana. Cuando se volvió a mirar hacia donde había dejado su coche, vio allí a Merle Atherton

y los otros dos coches, y varios hombres, algunos de ellos de uniforme... Más cerca de él que todo esto, el sargento Carnap, que caminaba directo hacia el abogado.

Carnap se detuvo ante él, mirándolo duramente.

—Parece que ha entrado usted en la casa, señor Grant.

—Sí... Así es, sargento.

Carnapladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Está usted pálido... ¿Se encuentra mal?

—Creo que sí... ¿Tiene ya la autorización para entrar?

—Me la llevaron al cementerio poco después de que usted se marchó de allí con la señorita Atherton. Muchacho, me parece que se ha complicado usted la vida. Sospechaba que vendría aquí, pero debió tener el buen sentido de esperarme. Eso es lo que yo creía que haría.

—Lo siento de veras. Afrontaré mi responsabilidad. Pero ésa es otra cuestión. ¿Han traído el experto para abrir...?

—No. Espero que no será necesario... De las varias llaves que encontramos en un bolsillo de Trumbull, había una que no encajaba en ninguna cerradura de su casa. Quizá ahora sepamos adónde corresponde esa llave.

Carnap se dirigió a la puerta de la casa, esgrimió la llave mencionada y la introdujo en la cerradura.

CAPÍTULO VI

Casi hora y media más tarde, cuando ya los equipos técnicos de la Policía estaban trabajando en la casa y en el jardín, y una ambulancia esperaba para llevarse el cadáver de la novelista en cuanto el forense y los fotógrafos hubiesen cumplido su cometido, Carnap se metió en el asiento de atrás del coche de Emerson, que estaba sentado al volante, fumando. A su derecha, estaba Merle Atherton. Ambos se volvieron a mirar al policía.

—Bueno, señor Grant —susurró éste—, sin duda ha llegado usted a alguna conclusión, ¿no es así?

—No parece demasiado difícil —murmuró Emerson.

—No... No lo parece, desde luego. ¿Seguimos colaborando?

—¿Me denunciará usted por allanamiento de morada?

—¿Tocó usted algo ahí dentro?

—Sabe muy bien que no —gruñó Emerson.

—Al menos, en eso fue sensato. ¡Demonios...! Es usted abogado, maldita sea, y se mete en este lío. ¿Por qué?

—Todos cometemos tonterías alguna vez.

—De acuerdo. Intentaré echar tierra a esa parte del asunto. En lo que a mi concierne, estoy seguro de que no ha hecho nada que pueda obstaculizar la labor de la Policía, así que cuente con mi apoyo. Y ahora, sigamos con lo otro. ¿Qué opina?

—No tengo tantos datos como usted.

—Se los daré. La señorita Farr falleció aproximadamente a la misma hora del mismo día que el señor Trumbull. Éste tenía llave de la casa. La ventana del garaje estaba abierta. La señorita Farr, desnuda en el salón, y sus prendas esparcidas por todas partes. Faltan un zapato y las braguitas..., y usted sabe dónde están. Hemos encontrado en el despacho de la señorita Farr un portafolios propiedad del señor Trumbull, con documentos, contratos... Cosas de su trabajo. ¿Necesita más datos?

—Supongo que no —murmuró Grant—. Él se fue de la casa poco después de las diez de la noche, y llegó a la suya a las diez y media; las veintidós treinta, para ser metódicos. Una vez en su casa, quiso terminar algo en el despacho, y entonces se dio cuenta de que se había dejado el portafolios aquí, en casa de Evangeline Farr. Puesto que debía tratarse de algo urgente, algo que debía tener listo al día siguiente para su trabajo en Nueva York, decidió volver en busca del portafolios... Cuando lo hizo, cuando salió de su casa, eran las once y cuarto aproximadamente. Vino aquí, utilizó su llave para entrar..., y se encontró a Evangeline Farr desnuda en el salón, y sus prendas de ropas tiradas por todos los lados. Esto no tenía sentido... a menos que alguien hubiese estado con ella cuando él llegó, y que al oírlo, incluso posiblemente verlo por una ventana, ese alguien escapó a toda prisa..., y mientras él entraba por la puerta, ese alguien saltaba por la ventana del garaje. Trumbull sospechó, quizá vio algo, quizá oyó al otro, o el coche... Se enfureció..., y estranguló a la Farr mientras el otro escapaba.

—¿Y la violación?

—Pudo cometerla Trumbull después de estrangular a Evangeline Farr..., o quizá llegó en un momento sumamente inoportuno, justo cuando el otro terminaba de...

—Pueden ser las dos cosas. ¿De modo que según usted hubo aquí otro hombre?

—Podría ser. Trumbull no era precisamente un ejemplar apetitoso para una mujer como la Farr..., y ésta tuviese otras... amistades... que posiblemente esperaban la ausencia de Trumbull. ¿Es factible todo esto?

—Yo creo que sí. Antes he olvidado informarle de un detalle más: en el cenicero del salón, que estaba tirado a un lado y todas las colillas y cenizas esparcidas, había tres marcas de cigarrillos. Sabemos que la señorita Farr fumaba «Lark»; el señor Trumbull fumaba «Winston»... Sin embargo, había dos colillas de «Chesterfilter».

—Bueno, todo encaja, entonces.

—Eso parece. Mi deducción es prácticamente idéntica a la de usted. Trumbull se dio cuenta de lo que había hecho, y escapó... Tan asustado, que ni siquiera hizo lo que había venido a hacer: recoger su portafolios. Llegó a su casa...

—No recogió el portafolios, pero en cambio recogió un zapato y las braguitas.

—¿Por qué no? Quizá lo recogió todo de un sillón antes de estrangularla, quizá llegó, no vio a nadie en el salón y comenzó a recoger cosas, sorprendido..., y entonces descubrió a Evangeline Farr, tratando de ocultarse. Al verla, comprendió de golpe. Se guardó el zapato y las braguitas en un bolsillo, fue hacia ella, y... Luego, en su casa, contemplando aquellas prendas, ya más sereno, cayó en la cuenta de lo que había hecho. Todo le acusaría. De modo que decide sumergirse en su pena emborrachándose... Y finalmente, se pega un tiro, fuera de sí. ¿Correcto?

—Cabe dentro de las posibilidades del factor psicológico —asintió Emerson.

—Bellamente expresado —gruñó Carnap—. Bueno, señor Grant, hemos colaborado, sabemos ya qué motivos podía tener Rupert Trumbull para suicidarse, todo concuerda... Asunto resuelto. Y ahora: ¿puedo contar con que no se complicará usted más la vida?

Salió del coche, encaminándose de nuevo hacia la casa. Emerson Grant dio el encendido, y partió, fruncido el ceño. Junto a él, Merle Atherton estaba todavía muda de la impresión.

—Dios mío... —susurró por fin.

—¿Le parece posible todo lo que hemos teorizado el sargento y yo?

—¡Por supuesto! ¡A mí, al menos, no ha podido parecerme más claro y lógico!

—Sí. —Emerson frunció el ceño de nuevo—. Efectivamente, todo es claro y lógico. Bien, esto no va a gustarle a la señora Trumbull, desde luego. En cuanto a usted, se ha quedado sin empleo. ¿Qué le parecería trabajar para «Mackenzie, Preston y Darwell» Abogados?

—Estupendo —lo miró divertida Merle—. ¿Y cuándo empiezo?

—Ahora. ¿Sabe conducir?

—Claro. Pero tengo mi coche en el...

—Cambiamos de asiento. Puede usted elegir entre ir a su apartamento o a mi habitación del «Clarion» donde tengo una portátil de escribir...

—Creo que trabajaré mejor en mi apartamento...

—Eso pensé —dijo él dándole un magnetófono.

Y dicho esto, Emerson Grant comenzó a dictar, a una rapidez sorprendente, aunque bastante desordenados todos los datos que se fueron acumulando en la cinta, y que en varias ocasiones hicieron lanzar exclamaciones de sorpresa a Merle Atherton. Cuando llegaron ante el edificio en el que Merle tenía su apartamento, hacía apenas un par de minutos que Emerson había terminado su velocísimo dictado, tras lo cual había permanecido en silencio.

—Hemos llegado —dijo Merle.

—¿Eh...? Ah, muy bien. Bueno, tome usted esto —le tendió el magnetófono— y empiece a trabajar inmediatamente. Cuando termine, no se vaya de su apartamento, porque puedo llamarla en cualquier momento... Huelga decir, señorita Atherton, que todo lo que usted va a copiar es secreto profesional, y que no debe usted ni siquiera hacer el más pequeño comentario con *nadie*.

—No lo haré. Pero, señor Grant, todo eso..., todas esas cosas que usted piensa...

—¿Qué?

—Bueno... ¡No pueden ser ciertas!

—Pero cada cual trabaja a su manera, y la mía es ésta: escribo en un detallado informe todo lo ocurrido, y todo lo que yo pienso al respecto, y luego lo estudio detenidamente. Es un sistema como otro cualquiera, ¿no cree?

—Sí, pero... Bien, de acuerdo. Subamos a...

—Esta vez, no —sonrió Emerson—. Ah, otra cosa: procure estar al tanto de lo que digan por la radio sobre el asesinato de Evangeline Farr, y entonces deje de copiar mis notas y copie o grabe lo que diga la radio o la televisión. También cabe en lo posible que el sargento Carnap la llame, para hacerle preguntas sobre Evangeline Farr y sobre Rupert Trumbull, y especialmente, sobre ese hombre que estaba con la Farr cuando llegó Trumbull...

—¿No debo contestar a sus preguntas?

—Todo lo contrario —pareció sorprenderse Emerson—: debe usted contestar a todo lo que le pregunte Carnap. Nosotros, señorita Atherton, estamos colaborando con la Policía. De modo que no sólo contestará a las preguntas de Carnap, sino que tomará nota de ellas, para que yo las lea a mi regreso. ¿Comprendido?

CAPÍTULO VII

—Bien..., ¿qué le parece? —preguntó Emerson.

La señora Benet asintió con la cabeza.

—Creo que sí puedo hacerle esa lista, señor Grant, pero no le aseguro que esté completa. Mi memoria no es muy buena, y además, no siempre decían sus nombres cuando llamaban.

—Quien hace lo que puede, no está obligado a más, señora Benet. Me conformaré con los nombres que usted pueda recordar de las personas que llamaban a Rupert Trumbull por teléfono, o las que le visitaban. Y agradecido. ¿Quiere usted una hoja de mi libreta de notas...?

—No, no. Tengo papel, claro está.

Sarah Benet se puso en pie, fue hacia el mueble-librería, y de un cajoncito sacó una libreta y un bolígrafo. Volvió a sentarse en un sillón frente a Emerson, y en seguida, sin vacilar escribió tres nombres. A los pocos segundos, otro. Para el siguiente tardó casi un minuto...

—¿Quiere fumar? El tabaco es un estimulante..., dicen.

—Gracias pero no fumo —sonrió Sarah.

—Ah... Bueno, no quiero distraerla. Siga, por favor. ¿Puedo mirar su listín telefónico, mientras tanto?

—Por supuesto que sí. Está en su casa, señor Grant.

—Es usted muy amable. ¿Dónde...?

La señora Benet señaló el lugar donde estaba el listín telefónico, y Emerson fue en busca del tomo, en el que comenzó a buscar determinado nombre. Lo encontró muy pronto, y memorizó la dirección, en Barnum Avenue.

Por fin, Sarah Benet admitió que ya no recordaba ninguno más, y tendió la hoja de papel a Emerson, que le echó un vistazo, la guardó en un bolsillo, y sonrió.

—Ha sido usted muy amable señor Benet. Un último favor:

¿podría indicarme donde cae Barnum Avenue?

—Con gusto. Localizará en seguida esa avenida. Al salir de aquí...

Efectivamente, fue fácil localizar Barnum Avenue, y, una vez en ésta, Emerson Grant sólo tuvo que buscar el número 218. Allí, efectivamente, tal como había visto en el listín telefónico, estaba ubicada la «Weston Library». Estacionó el coche un poco más adelante, volvió hacia la librería, y entró. Se colocó ante el mostrador, y a los pocos segundos un dependiente acudió hacia él.

—¿Diga, señor?

—Buenas tardes. Soy un amigo del señor Davenport... Elton Davenport, el novelista...

—Conocemos muy bien al señor Davenport. Es cliente de la casa.

—Sí, eso he sabido conversando con él. El caso es que quisiera regalarle unos cuantos libros al señor Davenport, y como no quisiera cometer ningún error he venido aquí en busca de ayuda. ¿Podrían ustedes orientarme?

—Estoy seguro de que sí, señor. Contentar al señor Davenport es fácil: basta con proporcionarle libros de contenido importante. Y no es una opinión de la casa: son los que suele pedir él.

—¿Qué clase de libros, por ejemplo?

—Estudios sobre filosofía, memorias de políticos, divulgación científica, temas políticos en general... ¡Ah!, y no olvidemos la gran serie de libros dedicados al «hágalo usted mismo». Nos ha comprado una gran cantidad de éstos.

—No sé si comprendo... ¿A qué libros se refiere usted?

—Ya sabe, señor: esos libros que le dicen a usted cómo se puede hacer una silla, una lámpara, unas flores de tela..., o cómo reparar un enchufe, una plancha, un televisor, un grifo...

—Ah, sí, sí. ¿Y novelas? Pienso que un novelista debe sentir agrado o cuando menos interés por las novelas, ¿no?

—No en el caso del señor Davenport. Nunca adquiere novelas.

—¿Ni siquiera policíacas?

—Esas menos que ninguna. Una vez, por error según parece, le incluimos una novela policíaca en un lote que nos pidió, y se puso hecho una fiera.

—Bueno, cualquiera puede equivocarse —sonrió Emerson—. Y

de todos modos, no es tan malo leer novelas policíacas, ¿verdad? Por otro lado, quizá usted o el compañero que leyó la nota del pedido no se equivocaron, sino que...

—El señor Davenport pide los libros por teléfono. Nosotros anotamos los títulos, le sugerimos la última novedad de los que sabemos gozan de su preferencia, y así confeccionamos la nota del pedido.

—Entiendo. ¿Le llevan ustedes los libros, o envía él alguien a buscarlos?

—Tenemos un servicio de reparto, señor.

El dependiente, que había estado contemplando con cierta expectación a Emerson se dedicó a seleccionar el lote de libros.

—¿Los envuelvo para regalo?

—¿Quiere decir con papeles de colores, cintas y todo eso? Pues no —rió Emerson—. Me parece que el señor Davenport no agradecería esa clase de detalles. He estado pensando en esto de las novelas..., ya sabe, eso de que el señor Davenport no quiere nunca novelas... Quizá no quiera determinadas novelas, pero sí las de algunos autores... ¿Guardan ustedes las notas de pedidos?

—¿Las notas de pedidos?

—Las que ustedes hacen. O copias de las facturas que presentan con los libros... ¿Tienen algo así?

—Ah, entiendo. Sí, naturalmente. Pero no sé durante cuánto tiempo se conserva ese material... Eso es cosa de las oficinas.

—Voy a intentar localizar esa novela que tanto irritó al señor Davenport recibir. Quizá sabiendo exactamente qué clase de novela era, o de qué autor, pueda deducir cuál o cuáles le gustarían. ¿Quién podría atenderme en las oficinas?

—El despacho es la puerta del fondo...

—Gracias. Vaya haciendo el paquete, mientras tanto.

En las «oficinas» de la librería había solamente dos personas: un hombre de unos cincuenta y tantos años, y una muchacha de poco más de veinte, rubita, de ojos oscuros y gesto sonriente, que se quedó mirando embobada a Emerson Grant cuando, tras recibir la autorización a su llamada, el abogado entró en el despacho. Y, por supuesto, Emerson no tuvo ninguna duda respecto a quién dirigirse.

—Me gustaría saber el título de la novela que en cierta ocasión enviaron por error al señor Davenport. ¿Es posible? Pienso que

mirando las copias de los pedidos atrasados...

—Es posible, pero sólo si hace como máximo dos años, señor.

—Pues vamos a probar si tenemos suerte —sonrió Emerson—. ¿Le parece bien? Hubo suerte.

La diligente y maravillada muchacha tardó poco más de cinco minutos en localizar la copia de la nota en cuestión; es decir, la copia de la factura confeccionada con los libros primeramente anotados en el talonario de pedidos. La fecha era de cinco meses atrás, y fue fácil localizar la novela, porque su título, nombre del autor, y precio, estaba tachado por una gruesa raya negra. Pese a esto, Emerson Grant pudo saber cuál era ese título y cuál el autor. La novela se titulaba «Crimen en la hora 30»; el autor..., es decir, la autora, Evangeline Farr.

Elton Davenport permaneció silencioso casi un minuto después de escuchar las explicaciones de su visitante. Por fin, movió la cabeza con gesto de pesadumbre, y murmuró.

—Bueno... La vida es un cesto lleno de sorpresas, ¿no le parece, señor Grant? Y ciertamente, no todas resultan agradables.

—En efecto.

—Ha sido usted en verdad amable al venir a ponerme al corriente de todo eso. ¡Pobre Rupert!... A su edad, meterse en esos quebraderos de cabeza... Pero, evidentemente, todos cometemos errores. Y uno de los más grandes es el relacionado con el sexo. A su edad, Rupert debió... enfocar las cosas de otra manera.

—¿Qué quiere decir?

—Evangeline Farr era mucho más joven que él... ¿Qué podía esperar Rupert? ¿Amor y pasión eternos? Eso es absurdo. Un hombre de su edad puede esperar que una chica como Farr...

—¿La conocía usted?

—¿Personalmente? No. La vi una vez o dos por televisión, en unas entrevistas. Parecía una muchacha inteligente... Sí, quizá lo fuese demasiado, incluso. Supongo, como iba a decir, que una chica como ella puede conceder favores a un hombre como Rupert, pero el tonto fue él por creer que se trataba de un amor sincero y eterno. De todos modos..., ¡es terrible lo que ha pasado!

—Imagino que con eso trata usted de decir que jamás se le habría ocurrido pensar que el señor Trumbull llegase a una situación semejante, que fuese capaz de matar, de suicidarse...

—Bueno, él era un tanto depresivo, ¿comprende? No se puede decir que tuviese un carácter muy serio...

—Pero era violento, ¿no?

—¿Violento? —Davenport reflexionó sobre las palabras—. No sé. Creo que todos somos algo violentos, pero... ¡caramba!, hasta el punto de estrangular a una mujer y luego... Si lo que desea saber es si yo creía a Rupert capaz de algo así, le diré que no, francamente. Lo de suicidarse, quizá... Quizá. Ya le digo que era un tanto depresivo. Pero una cosa es suicidarse y otra cosa es tener agallas para estrangular a una mujer..., ya sea antes o después de violarla.

—A veces falta más valor para suicidarse que para matar a otra persona.

—¿Eh...? Sí, tal vez. Tal vez señor Grant. Verdaderamente, quitarse la vida no es tan fácil como alguna gente cree.

—Espero que no lo esté diciendo usted por... experiencia personal, señor Davenport.

—¿Está pensando usted que quizá yo he cavilado en alguna ocasión sobre mi suicidio, señor Grant?

—Espero que no lo haya hecho —murmuró Emerson—. Usted puede tener todavía una larga vida productiva, interesante, e incluso feliz.

—Productiva, interesante y feliz... Es usted formidable, de veras.

—Simplemente, creo que un hombre que escribe y piensa como usted puede perfectamente olvidarse de sus piernas. Conseguido eso, la felicidad está ahí mismo. Digamos que todo puede reducirse a una... a un factor psicológico —terminó, sonriendo.

—Me temo que está usted sobreestimándose, señor Grant.

—En modo alguno. He leído sus tres novelas.

—¿Mis tres novelas? ¿A cuáles se refiere?

—A las que me llevé de aquí ayer.

—¡¡Las ha leído usted ya!! —exclamó Davenport.

—Ayer mismo. Son magníficas. Esta misma tarde regreso a Nueva York, señor Davenport. Voy a ocuparme inmediatamente de colocar «El instante de morir», y tengo la certeza de que pronto recibirá buenas noticias mías. Pero vamos a dejar ese tema, por ahora. Ya además de ponerle al corriente del desenlace del asunto del señor Trumbull, he venido a pedirle un favor... ¿Un cigarrillo?

Emerson se inclinó hacia delante, ofreciendo el paquete de

«Chesterfilter» a Davenport.

Éste miró el paquete, miró a Emerson, y movió la cabeza.

—Gracias, sólo fumo en pipa...

—Cielos, ¡lo había olvidado! ¿Quiere qué...?

—No deseo fumar ahora. ¿Qué favor, señor Grant?

—Deberíamos empezar por que usted fuese sincero conmigo.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Sinceramente, señor Davenport: ¿pasa o no pasa usted muchas horas delante de esta ventana, mirando lo que sucede en el mundo al que usted ha renunciado?

—¿Quiere decir... si curioso lo que hacen mis vecinos?

—Exactamente eso quiero decir.

—Lo hago con frecuencia, desde luego —sonrió el novelista.

—Magnífico. En ese caso, cabe la posibilidad de que esté usted bastante al corriente de las visitas que recibía de cuando en cuando el señor Trumbull en su casa, ¿no?

—Más o menos.

—¿Conoce a esas personas?

—A algunas.

—¿Visitaba Evangeline Farr a Trumbull?

—Muy pocas veces. Y que yo sepa, nunca a solas... Siempre con un grupo de amigos.

—¿De noche o de día?

—Casi siempre de noche. Pequeñas reuniones de amigos, ya sabe.

—Nada de orgías —sonrió Emerson—. Entiendo. Debemos suponer que más bien se trataba de reuniones... intelectuales. ¿Sí?

—Me inclino por eso, sí.

—Bien. ¿Podría usted hacerme una lista de las personas que visitaban a Trumbull? De las que conoce usted, claro está.

—Puedo hacerlo, desde luego.

Emerson se puso en pie, recogió un block y una pluma estilográfica de sobre la mesa de Davenport, y puso ambas cosas en las rodillas de éste. El novelista procedió inmediatamente a escribir, sin titubeos. Cuando terminó, arrancó la hoja del block y la tendió a Emerson, que la guardó en un bolsillo.

—Gracias. Y todavía otra cosa más, señor Davenport: ¿le habló Trumbull alguna vez de Evangeline Farr?

—Sí, claro. Era inevitable. Una novelista de la fama...

—No, no, señor Davenport. Yo me refiero a la cuestión personal que había entre ellos.

—Ah. No, de eso no sabía nada.

—Enfoquemos nuestra atención hacia la casa del señor Trumbull desde esta ventana, señor Davenport... ¿Alguna vez, durante las visitas que recibía Trumbull por las noches, vio usted que Evangeline Farr pareciese tener preferencia por alguno de los otros invitados?

—Claro que no —se sorprendió Davenport.

—Comprenda lo que quiero decir... A veces, la gente joven obra impulsivamente, cree que está a cubierto de todo. Lo que se me ocurre es que quizá en alguna ocasión, tal vez al salir de la casa de Trumbull, la Farr lo hiciese acompañada de algún hombre determinado más de una vez; incluso cabría la posibilidad de que usted hubiese observado, por la actitud de ambos, una cierta intimidad, que ellos podrían haber evidenciado creyendo que nadie los veía...

—Ya entiendo. No, no vi nunca nada de eso. En realidad, señor Grant, usted está intentando identificar al hombre que estuvo con la Farr en su casa cuando llegó Rupert por segunda vez y...

—Sí. Estoy intentando localizar a ese hombre. Y se me ha ocurrido que si usted vio a la Farr con alguno determinado...

—No. No, no, seguro que no. De todos modos, pienso que ese hombre aparecerá en seguida, en cuanto sepa lo ocurrido.

—¿Por qué cree semejante cosa?

—¿Usted no? Parece lógico, ¿no? Una cosa es que ese sujeto salte por una ventana, para evitarle complicaciones a la Farr o a sí mismo, y otra cosa es que permanezca en silencio después de saber que aquella noche, mientras huía, Rupert estranguló a Evangeline Farr.

—¿Usted cree realmente que ese hombre se dará a conocer? Supongamos que está casado... ¿Qué necesidad tiene de complicarse la vida?

—Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Por ejemplo: ¿por qué él y Evangeline Farr estaban haciendo el amor en el salón, en lugar de en la cama, que, por muy

tradicional que resulte, es siempre el sitio mejor? ¿Estaba él vestido cuando oyeron la llegada de Trumbull..., o estaba desnudo pero tuvo la sangre fría de recoger sus ropas para llevárselas? Y si él tuvo tiempo de hacer esto..., ¿por qué Evangeline Farr no hizo lo mismo y subió a toda prisa con sus ropas a su dormitorio? Esto tiene mucho más sentido que, según la teoría oficial, esconderse tras el sofá o un sillón, ¿no cree?

Elton Davenport miró fijamente a Grant. Por fin, murmuró:

—Señor Grant: ¿debo entender que usted no da el caso por terminado?

—Exactamente. ¿Le parezco tonto?

—¿Tonto? Demonios, no... ¡Lo que me parece es muy tenaz!

—Póngase en mi lugar, y dígame: ¿se interesaría usted por las cuestiones que acabo de exponerle?

—Me parece que sí... Sí, ciertamente. De todos modos, muchacho, recuerde que una cosa son las novelas y otra la realidad.

—Hay más cosas. Por ejemplo, tenemos que Trumbull, después de estrangular a la Farr, salió de la casa al parecer tan precipitadamente que olvidó lo que había vuelto a buscar: su portafolios. Sin embargo, se preocupó de cerrar la puerta con llave. ¿Le parece razonable?

—Bueno... Un hombre que sale desquiciado, olvida lo que ha ido a buscar... Debemos suponer que sale corriendo, o poco menos, al encontrarse en esa situación al reaccionar... Cabe la posibilidad de que cerrase la puerta, pero también podemos admitir que no sería desatinado pensar que se olvida de ese detalle... ¿Realmente usted es sólo un abogado, señor Grant?

—Ya le dije cuál es mi trabajo.

—Debería estar dirigiendo una agencia de investigaciones.

—Gracias..., ya que eso suena a cumplido. Bueno, señor Davenport, me marchó ya. —Grant miró su reloj—: prefiero viajar de día.

—No comprendo que se vaya usted de Bridgeport teniendo todas esas cuestiones en su mente, la verdad.

—Hay cosas que deben dejarse reposar —sonrió Emerson—. Y no puedo desatender mis obligaciones en Nueva York demasiado tiempo. Espero poder decirle pronto algo sobre su última novela... ¡Me olvidaba! ¿Me perdona un momento?

Emerson salió a toda prisa del salón-despacho... Desde la ventana, Elton Davenport le vio recoger algo de su coche, llevaba en las manos un paquete, que puso en las del novelista.

—Me gusta regalar libros —sonrió—. Sobre todo, a quien sabe valorarlos y goza de ellos.

—¿Me regala usted libros?

—Espero que no le disguste. Pasé casualmente delante de una librería cuyo nombre me pareció familiar... Y de pronto, caí en la cuenta de que era la que le sirve a usted sus necesidades de lectura. La «Weston Library»... ¿O me he equivocado?

—No. Y no me disgusta su obsequio. Solamente un cretino se molestaría al ser obsequiado con libros.

—Estupendo. Espero que haya alguno de «hágalo usted mismo». A propósito, también la señora Benet, cuando fui a visitarla para hacerle algunas preguntas sobre Trumbull, me habló de esa afición de usted. Parece que es todo un artesano, señor Davenport.

—Me distraigo mucho haciendo cosas. Y es un modo como otro cualquiera de crear.

—Sin duda. ¿Qué sabría hacer usted, por ejemplo?

—Todo cuanto esté al alcance de mis herramientas y mis posibilidades físicas: desde arreglarle el reloj a construirle una mesa, una cama... Cosas así.

—Admirable. ¿Sabe?; yo también he pensado en ocasiones en buscarme un «hobby», y el de usted me parece interesante. ¿Qué clase de herramientas utiliza usted concretamente?

—¿Le gustaría verlas? —sonrió Davenport.

—Pues... sí. Sí, me gustaría.

Elton Davenport puso sus fuertes manos sobre las ruedas, y las movió, desplazando la silla de ruedas hacia la librería que cubría una de las paredes, y en cuya parte inferior habían varios cajones, que señaló.

—Ahí están... Todo muy bien ordenado, como podrá comprobar. Por cierto, esta librería la hice yo mismo, de acuerdo a mis necesidades. Los cajones donde están las herramientas ya son por sí mismos una laboriosa producción. Me gusta tenerlo todo ordenado y a mano. Por ejemplo...

Cuando salió de la casa de Elton Davenport, Emerson Grant iba diciéndose que solamente un loco pensaría lo que él estaba

pensando.

De todos modos, no tenía por qué prescindir de las otras posibles pistas, de modo que buscó un teléfono público, y llamó a Merle Atherton.

CAPÍTULO VIII

—¡Hola, aquí estoy! —dijo Emerson, entrando en el apartamento. Merle Atherton parpadeó, cerró la puerta, y señaló hacia la salita.

—Como le he dicho por teléfono, ya lo tengo todo pasado a máquina... Pase, por favor.

—Es usted una mecanógrafa formidable —elogió Emerson—. Me imagino que por lo menos había doce páginas.

—Quince. Pero sacrifiqué la pulcritud a la rapidez. ¿He hecho bien?

—Ha hecho perfectamente..., siempre y cuando resulte legible. ¿La ha llamado el sargento Carnap?

—No.

—Mejor. ¿Qué tenemos para beber...? Un momento: ¿iba usted a salir, quizá? Lo digo porque la encuentro muy emperifollada...

—No tengo ningún plan en especial..., pero tampoco me pareció conveniente recibirlo en bata, señor Grant.

—Sí, claro —chispearon los ojos del abogado—: no hay nada tan enloquecedor como una bata femenina... con una chica dentro, naturalmente. De todos modos, está usted preciosa con ese vestido. Y el maquillaje es encantador.

Emerson Grant tomó las páginas mecanografiadas, se dejó caer en un sillón, se aflojó la corbata, y comenzó a leer. Dejó de hacerlo cuando Merle le ofreció el vaso de *whisky*. Bebió un sorbo, suspiró satisfecho, y pareció recordar algo. Se colocó de lado.

—Encontrará dos hojas de papel en mi bolsillo.

Merle las sacó, y se quedó mirando a su flamante jefe, que movió la barbilla hacia las páginas.

—Hay unos nombres en esas hojas: algunos de ellos, aparecen en ambas. Dígame si los conoce.

—A algunos —dijo Merle, tras leer rápidamente.

—¿Sólo a algunos? Bueno, mientras yo repaso esto y hago algunas anotaciones complementarias, póngase a localizarlos a todos. ¿Sabe cómo hacerlo?

—Agradecería una orientación, la verdad.

—Bueno, a los que ya conoce búsquelos en el listín, y vaya anotando sus direcciones y teléfonos. Y a los que no conoce, vea si consigue identificarlos haciendo llamadas telefónicas a las que sí conoce. Pregúnteles si saben dónde está Fulano, y si le preguntan qué Fulano o Fulana es, indique que es amigo de Rupert Trumbull, o de Evangeline Farr. Procure no dar explicaciones, pero si no tiene más remedio, diga que quiere saber dónde están para notificarles algo lamentable: el hallazgo de Evangeline Farr en su casa. ¿Comprendido?

—Sí.

—Pues agárrese al teléfono.

Terminó antes Emerson de leer que Merle de hacer llamadas telefónicas.

—Ya está —dijo Merle, colgando el auricular.

—¿Ha conseguido la dirección y teléfono de todas esas personas?

—Sí, de todas.

—Muy bien. Sea tan amable de comunicarme con el señor Preston, en el «Clarion». Seguramente se está volviendo loco buscándome.

Medio minuto más tarde, Merle Atherton alargaba el auricular hacia Emerson Grant.

—El señor Preston al teléfono.

—Gracias. —Emerson se puso en pie, y tomó el auricular—. ¿Señor Preston? Soy Emerson...

—¡...!

—Va le explicaré, señor. Le llamo solamente para decirle que no se preocupe por mi ausencia. Estoy trabajando en el asunto...

—¡...!

—Bueno, eso es lo que puede decir el sargento Carnap, señor, pero yo opino que no está liquidado el caso ni mucho menos. Sin embargo, debo rogarle a usted que no informe a nadie de esto. Oficialmente, «Mackenzie, Preston & Darwell»

han dado por terminadas sus gestiones.

—¿...?

—Ni siquiera a la señora Trumbull. Y mucho menos que a nadie al sargento Carnap.

—¿...?

—Pues diga que no sabe dónde estoy.

—¿...?

Emerson miró sonriente a Merle, que le contemplaba con interés.

—Ah, no, no señor... Se llama Merle Atherton, y es mi secretaria. Es una chica seria, señor. Muy eficiente.

—...

—Ya sé que tengo una secretaria en Nueva York, pero no es pelirroja, ni tiene las medidas de la señorita Atherton, ni su edad.

—...

—Gracias. Hasta la vista, señor.

Colgó, dirigió otra sonriente mirada a Merle Atherton, y fue a terminar su vaso de *whisky*. Luego, tomó la hoja en la que su secretaria había anotado pulcramente todos los nombres con sus correspondientes direcciones y teléfonos.

—Me pregunto —murmuró—, cuál de estas personas ha visitado más o menos recientemente al señor Davenport..., y que su marca de cigarrillos preferida sea «Chesterfilter». ¿Usted lo sabe, señorita Atherton?

—No... Pero podría interesarme por ello.

—Sería conveniente. A propósito: quiero evitarle a usted problemas, de modo que le facilitaré un asesor.

—¿Un qué?

—Un asesor. Una persona experta en hacer preguntas sin llamar demasiado la atención. Él la orientará. Es un gran chico: se llama Moss Roark. Llegará aquí mañana por la mañana, con instrucciones concretas, y se pondrán los dos a trabajar. ¿De acuerdo?

—Muy bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Usted, no sé. Yo me voy a Nueva York..., pero, desde luego, usted no sabe nada. ¿Algo va mal?

—Me debe usted un almuerzo, de modo que pensé que me invitaría a cenar.

—He decidido cenar en Nueva York, aunque llegue un poco

tarde.

—A mí me encanta Nueva York, señor Grant.

—Lo comprendo. Bueno, puedo invitarla a cenar en algún sitio agradable...

«Caesar's»

estará bien. Y luego pediremos una habitación para usted en el «Waldorf». ¿De acuerdo?

—Estará mejor en el «Waldorf» —aconsejó Emerson.

—No veo por qué. He podido apreciar que ni a usted ni a «Mackenzie, Preston & Darwell»

les viene de cien dólares, señor Grant, pero no quiero inaugurar mi empleo resultando onerosa a la firma. Ya se ha gastado suficiente dinero en la cena.

Con la llave de su apartamento en la mano, Emerson Grant estuvo mirando unos segundos a Merle Atherton. Por fin, hizo un gesto entre resignado y divertido, y abrió la puerta, encendiendo acto seguido la luz. Merle entró, él lo hizo detrás, y cerró.

—El dormitorio desordenado es el mío —dijo—: Instálese en el otro. ¿Necesita que le enseñe todo el apartamento, o se las arreglará sola?

—Puedo arreglármelas sola... ¡Es un hermoso apartamento! ¡Y en la Quinta Avenida!

—En algún sitio se ha de vivir. Considérese en su casa, haga lo que guste mientras yo trabajo en el teléfono.

—¿No vamos a tomar la penúltima copa?

—Es una buena idea. Estaré en el despacho.

Emerson Grant se metió en su despacho privado, se sentó tras la mesa, y descolgó el auricular del teléfono. Marcó el número, y oyó siete u ocho veces la llamada antes de que le contestaran.

—...

—Moss, soy Emerson: vas a tener que levantarte.

—...

—Estoy en Nueva York, en mi apartamento. Mira, he estado intentando localizar por teléfono al doctor Isaac Schulberg, pero es un hombre de una movilidad increíble. Tengo absoluta necesidad de hablar con él, de modo que vas a dedicarte a buscarlo personalmente, y a solicitarle una cita para mí para mañana, cuanto

más temprano mejor.

—...

—Estupendo. ¡Ah, Moss!, la cita, que sea en su clínica, o donde sea que él tenga los archivos de sus pacientes directos. ¿Comprendido esto?

—¿...?

—No, no. Nada de adelantarle al doctor Schulberg el tema de la entrevista. Pero convéncelo de que es importantísimo que hablemos..., siempre y cuando no esté de por medio la atención urgente a sus pacientes, claro está.

—¿...?

—En cuanto lo sepas. Estaré esperando tu llamada en mi apartamento. Llámame a la hora que sea.

—...

—Vale. Gracias, Moss. Hasta luego.

Colgó, quedó pensativo unos segundos, y luego encendió un cigarrillo. Quizás estaba complicando las cosas. Quizá. Es decir, no estaba complicando las cosas, sino que se estaba complicando la vida... Y ni siquiera eso: en definitiva, tal vez lo único que estaba haciendo era perder el tiempo...

—¿Ha terminado?

Desvió la mirada hacia la puerta del despacho, y, tras un gesto de sorpresa, sonrió. Merle Atherton estaba en el umbral, sosteniendo un vaso en cada mano. Su indumentaria había cambiado: ahora llevaba puesto uno de los gabanes de Emerson, que por supuesto le venía graciosamente grande.

—¿Qué hace vestida así? —rió.

—Me permití curiosear un poco en sus ropas, y como usted estaba obsesionado por abrigarse, le he traído un gabán.

—Es usted muy atenta y eficiente, señorita Atherton, pero ya no tengo frío. Nueva York no es Bridgeport..., y por otra parte, aquí hay una buena calefacción. Espero que lo haya notado.

—Sí... ¿Bebemos aquí o en el salón?

—Estaremos mejor en el salón.

Se puso en pie, acudió ante Merle, y tomó uno de los vasos, señalando con una mano hacia el salón.

A Emerson Grant casi le cayó el vaso de la mano, mientras sus ojos se desorbitaban:

Merle Atherton estaba completamente desnuda bajo el gabán. Es decir, llevaba los zapatos de alto tacón.

—Me parece —rió una vez más Merle— que ahora está mucho más nervioso, señor Grant.

—Pe... pero ¿qué hace usted? —jadeó Emerson.

—Como usted ha dicho, aquí hay una buena calefacción. Y, señor Grant: ¿de verdad no se le ha ocurrido pensar por qué una chica desdena pasar la noche en una habitación del «Waldorf Astoria»? —Bueno... No sé...

—Me parece —frunció el ceño la muchacha— que no es usted tan inteligente como se cree.

Emerson Grant estuvo mirándola unos segundos. Admirándola, más bien, como fascinado por el bellissimo cuerpo.

Por fin dejó su vaso junto al de Merle, y puso sus manos en la cintura de ésta.

—¿Y eso... por qué? —susurró.

Merle Atherton se colgó del cuello del abogado, y sonrió dulcemente.

—Adivínalo..., si tan listo eres —susurró.

El timbre del teléfono los despertó a los dos. Emerson encendió la luz de la mesita de noche, se sentó en la cama, y volvió la cabeza hacia Merle que le sonrió.

—¡Hola! —saludó el abogado—. Usted es nueva aquí, ¿verdad?

—Nueva... y en buen uso..., supongo.

Emerson se inclinó, la besó en un pecho y en la boca, y se volvió hacia el teléfono, que seguía sonando.

—¿Sí?

—...

—¡Hola, Moss! —Miró hacia la ventana, en la que se veía la luz grisácea del nuevo día—. No, no es demasiado pronto, hombre. Ya iba a levantarme. ¿Lo has conseguido?

—...

—¡Magnífico! Vente para aquí. Con tu coche y lo que necesites para pasar dos o tres días fuera. Te espero.

Colgó, y se frotó alegremente las manos.

—¿Acabas de hacer un buen negocio? —preguntó Merle.

—El doctor Schulberg me recibirá a las diez y media en su clínica

—Aún falta bastante tiempo, entonces.

—Si... Y Moss no llegara antes de una hora, entre unas cosas y otras.

—Qué bien —susurró Merle, tendiendo los brazos hacia él. Moss Roark llegó cincuenta minutos más tarde.

Moss Roark se quedó mirando los ojos y relucientes cabellos de Merle, su bello rostro pecoso, su boca fresca... Por fin, sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo está, señorita Atherton?

—Muy bien, gracias —casi rió Merle—. ¿Sabes?: soy la nueva secretaria del señor Grant.

—Me parece muy bien: la anterior ya se está cayendo de vieja.

Una vez puesto Emerson al corriente de las condiciones de su visita al doctor Isaac Schulberg, dio instrucciones a Roark y a Merle:

—Iréis en tu coche a Bridgeport. Merle te dirá cuáles con las personas de las que me interesa saber si visitan con alguna frecuencia a Elton Davenport... y fuman «Chesterfilter». Moss: quiero encontrar a esa persona, ¿entiendes?

—Entiendo. ¿Qué más?

—Hay otro pequeño detalle, que parece más fácil, pero que requiere mucho tacto. Irás a la «Weston Library», y allá te las arreglas como quieras para saber si el señor Davenport llamó a la librería interesándose por las preguntas que yo pude hacer allí sobre él. Esto lo dejas para última hora. ¿De acuerdo?

—¡Okay! ¿Más cosas?

—Sólo una: de ninguna manera debéis ponerlos al alcance del sargento Carnap. Merle lo conoce. En todo caso, seré yo quien haga contacto con Carnap. Aunque no veo la necesidad, ya que él dio el caso por terminado, de modo que nuestro convenio de colaboración terminó...

CAPÍTULO IX

El doctor Schulberg miró la tarjeta, asintió, miró a Emerson, y señaló uno de los sillones colocados ante su mesa.

—Usted dirá en qué puedo servirle, señor Grant. No me considere brusco, pero sólo puedo concederle diez o quince minutos.

—Será suficiente. Y se lo agradezco, doctor. Vamos directos al grano: usted atendió, hace años, a Elton Davenport, el novelista, después del accidente de automóvil... ¿Lo recuerda?

—Desde luego.

—Evidentemente, no se pudo hacer nada por sus piernas.

—Evidentemente.

—¿No se podría hacer algo ahora?

—No.

—Perdone mi audacia, doctor... ¿Está seguro?

El doctor Isaac Schulberg debía tener unos sesenta años, calva cabeza, boca grande y firme, ojos pequeños y vivos tras los cristales de sus lentes, que parecieron refulgir en una expresión casi colérica.

—¿Entiende usted algo de medicina, señor Grant? —preguntó.

—En absoluto. Bueno, pequeños auxilios de primera...

—Ya, ya. Mire, señor Grant, si usted entendiese algo de Medicina, le demostraría mi paciencia mostrándole las radiografías de las piernas y las caderas del señor Davenport, pero puesto que no entiende, se lo explicaré de este modo: cuando uno de mis pacientes tiene la más remota posibilidad de curación, ya sea en el momento presente o en un esperanzador futuro, yo tomo muy buena nota de ello, y a su debido tiempo, el paciente vuelve aquí, es examinado de nuevo, y, si procede, se le somete a una nueva operación. El hecho de que yo haya renunciado a todo examen posterior del señor Davenport debería ser muy significativo para usted.

—Entiendo. Parece que le he molestado, pero le aseguro que no

era ésa mi intención.

—Menos mal. ¿Cuál es su interés por el señor Davenport?

—Bueno... Soy amigo suyo, y sobre todo, admirador de su trabajo. Últimamente me van muy bien las cosas, y se me ocurrió que si era por cuestión de dinero...

—No, señor: no es cuestión de dinero. Es cuestión de huesos y otras cosas que usted no entendería. Se dice por ahí que yo hago verdaderos milagros... No es cierto, claro, ya que si lo fuese, el señor Davenport estaría ahora completamente restablecido.

—Lo que significa que sólo un milagro podría dar lugar a que el señor Davenport volviese a caminar.

—Así es. Sólo que yo no creo en los milagros.

—A decir verdad, yo tampoco —sonrió Emerson—. ¿Y con muletas? ¿Podría el señor Davenport desplazarse utilizando muletas?

—Recuerdo que era un hombre muy fuerte —entornó los párpados Schulberg—. Un gran atleta, ¿verdad?

—Sí, sí, en efecto.

—Bueno, hay que tener en cuenta no sólo sus piernas, sino sus caderas... Entienda usted, señor Grant, que al señor Davenport sus piernas sólo le sirven de... peso y de... relativa estética, por decirlo de algún modo. Creo recordar que se negó a ninguna clase de artificio, y si no ha estado practicando me permitiría dudar de que de pronto pudiese hacerlo. Sin embargo, en un hombre tan fuerte... Bueno, tal vez conseguiría desplazarse cortas distancias. Tal vez. Todo depende de la fuerza de sus brazos, de la musculatura de su pecho y hombros... Depende.

—¿Pero no es imposible?

—Imposible, no. Lo imposible es que él vuelva a caminar normalmente. Con muletas, cabe alguna posibilidad. Pero sería... como un cuerpo pendulando entre dos muletas, ¿me comprende?

—Sí, señor. ¿Y conducir? ¿Podría el señor Davenport conducir un automóvil?

—De ninguna manera.

—Me refiero, claro está, a un coche automático.

—No, señor. Imposible. Pero suponiendo que pudiera conseguir alguna pequeña proeza en ese sentido, me niego a admitir que le permitiesen llevar un coche. Sería una locura.

—Algunos inválidos conducen automóviles.

—Sí, ya sé. Tienen los mandos adaptados a sus manos, no a sus pies. En la mayoría de casos, es una imprudencia.

—¿Lo sería en el caso del señor Davenport?

—Totalmente.

—¿Pero no es imposible?

—Me gustaría ver el coche que tendría que conducir el señor Davenport, y los mandos adaptados para sus manos...

—No, no: yo estoy hablando de un coche automático corriente, con los mandos en los pies.

—Olvídelo. Eso jamás será posible. Lo otro, no sé. Ya le digo que tendría que ver el coche. Pero un vehículo normal, jamás. Entienda usted, señor Grant, que no le estoy hablando ahora solamente del señor Davenport: conozco muchos casos iguales. Sé lo que estoy diciendo, ¿me comprende usted?

—Por supuesto. En resumen, el señor Davenport es un hombre condenado a pasarse el resto de su vida en un sillón de ruedas.

—Lamentablemente, así es.

—Es usted muy amable. —Emerson sonrió, señalando la tarjeta que Schulberg todavía sostenía—. Si alguna vez precisa de unos buenos abogados, pregunte por mí... Me resultaría grato demostrarle que no soy ignorante en todo.

—Lo tendré en cuenta —sonrió de pronto Schulberg—. Encantado de conocerle, señor Grant.

—Muy bien, señor Grant... ¿En qué puedo ayudarle?

Emerson se sentó frente a la mesa de Orson Dobie, director y prácticamente propietario de todas las acciones de la editorial «Dobook Ltd.», empresa que no se distinguía precisamente por su pujanza en el mundo editorial. Unas pequeñas oficinas en la Calle Cuarenta y Dos, unos pocos empleados, unas pocas colecciones..., todo ello bajo la dirección de un hombre que no parecía muy amable.

—¿Aceptaría usted otro original de Elton Davenport, señor Dobie? —se interesó Emerson.

Los ojos de Orson Dobie relucieron instantáneamente interesados.

—¿De Davenport? ¡Ahora mismo! —exclamó.

—Todavía no lo ha leído usted, señor Dobie.

—¡Al demonio! ¿Con quién cree usted que está hablando? ¿Con un novato? Llevo treinta años publicando libros, señor Grant... Y si me traen un original *de* Davenport, ¿sabe lo que hago con él?

—¿Con el original? No... ¿Qué hace?

—Le doy el visto bueno y lo mando a máquinas YA.

—Al parecer, le gusta a usted Davenport.

—¿Cómo se ha dado cuenta? —ironizó Dobie.

—Lo digo porque me sorprende un poco... Últimamente, los editores no sienten gran interés por las novelas de Davenport.

—Allá ellos.

—Claro. Hace poco, leí dos novelas de Davenport editadas por usted. ¿Hizo una buena tirada?

—No —gruñó Dobie.

—¿Por qué no? Si le gustan sus novelas...

—Es una cuestión de distribución. El mundo editorial es muy duro, señor Grant. Digamos que hay en él pececillos y tiburones. Yo soy un pececillo insignificante. Al principio, en cuanto me di cuenta de la jugada, intenté introducirme entre los tiburones, es decir, entre los grandes grupos que controlan la auténtica y gran distribución editorial. Si usted les gusta, puede llegar a ser importante, con paciencia y tolerancia.

—¿Y usted no les gustó?

—Ellos no me gustaron a mí. Tengo muy mala leche para permitirme ciertas concesiones. ¿Sabe?: me he arruinado cuatro veces, señor Grant. ¡Cuatro veces! Monetariamente, es un negocio pésimo. Pero moralmente, me siento más tiburón que los tiburones.

—En resumen —rió Emerson—: es usted un hombre de agallas.

—Yo diría que sí. Y no crea, algunas veces lo lamento... No crea que no puse buena voluntad en ceder a determinadas presiones y condiciones, pero algo superior a mi voluntad. Era una cuestión de temperamento.

Emerson no pudo evitar reír.

—Señor Dobie, la primera impresión que se obtiene de usted no es muy favorecedora. ¿Lo sabía?

—Me importa un rábano. Escuche, sé que Trumbull se suicidó... ¿Es usted el nuevo agente de Davenport, quizá?

—Sólo soy amigo suyo. Señor Dobie: ¿a qué atribuiría usted el rechazo que editores de más envergadura que usted hacen sobre las

novelas de Elton Davenport?

—No tengo ni idea. Deben estar locos. Señor Grant, yo soy muy claro y directo: si usted me trae novelas de Davenport, le estaré agradecido. Claro que él no hace muy buen negocio eligiéndome como editor, dadas las circunstancias que ya le he explicado, pero al menos, yo le publico. Si los demás no quieren hacerlo, es cuenta de ellos.

—Última pregunta, señor Dobie: ¿ese rechazo no es debido a la mala calidad de las novelas del señor Davenport?

—De ninguna manera. A menos que tengan un departamento de asesoría integrado por imbéciles totales. ¡Demonios, pero si solamente poniendo el nombre de Davenport en la portada el libro ya se vende!

—Gracias por todo, señor Dobie.

—¿Verá usted pronto a Davenport?

—Espero que sí. ¿Por qué?

—Bueno... Dígale a ese viejo tigre que mis máquinas están siempre a punto para él.

—Se lo diré —murmuró Emerson, poniéndose en pie—. Se lo diré, señor Dobie. Y muchas gracias.

Pese a su tarjeta de «Mackenzie, Preston & Darwell», a Emerson no le resultó fácil ser recibido en uno de los despachos de la «Manhattan Pres Inc.». Lo recibieron cuando faltaba pocos minutos para las cinco de la tarde, y no el director, ciertamente, sino una de sus secretarías, una mujer de cerca de cuarenta años, bonita, elegante, pulcra, de mirada inteligente, muy seria...

—Lamentablemente, señor Grant, no hemos podido localizar al señor director. Sin embargo, yo misma le atenderé con mucho gusto —la secretaria, señaló una de las sillas del antedespacho—. Usted dirá.

—Supongo —murmuró Emerson— que termina usted su trabajo a las cinco.

—Así es —la mujer miró su relojito—. Dentro de unos minutos.

—Muy bien. No voy a entretenerla demasiado, señorita...

—Hart.

H A R T.

—Bien, señorita Hart: le traigo una novela de Elton Davenport...

¿Qué ocurre?

El levisimo e incontenible gesto de desdén de la señorita Hart se convirtió rápidamente en una expresión cortés.

—Temo que no nos interesa esa clase de material —dijo.

—¿Por qué no?

—Digamos que... no está en la línea de nuestras publicaciones, señor Grant.

—¡Ah! Entiendo... Es decir, no entiendo. La «Manhattan Press» es una de las mejores. ¿Cierto?

—Espero que sí —sonrió la secretaria—. Muchas gracias.

—De nada. Pero, dígame, señorita Hart: ¿Por qué siendo la «Manhattan Press» la mejor editorial de este tipo de libros se niega a publicar los de Elton Davenport?

—Si lo quiere usted así, señor Grant, se lo diré: son muy malos. Es por eso, supongo, que los libros de Davenport los publica la «Dobook», si no lo recuerdo mal.

—Recuerda usted bien. ¿Ha leído usted alguno de los libros de Davenport publicados recientemente por la «Dobook»?

—Francamente, no me he sentido interesada por ello.

Emerson se quedó mirando fijamente a la señorita Hart. Luego, del portafolios sacó el original de Davenport titulado «El instante de morir», y lo colocó sobre la mesa. Acto seguido extrajo su talonario de cheques, y, ante la curiosa mirada de la mujer, extendió uno, que colocó sobre el original. Finalmente, empujó original y cheque hacia la señorita Hart.

—Una novela de Davenport y un cheque mío, señorita Hart. Ambas cosas legales e inéditas. El cheque es para usted. El libro, para el servicio de asesoría de la editorial.

La señorita Hart adoptó en el acto una actitud hostil.

—Señor Grant, su gesto no me parece...

—No he terminado, señorita Hart. ¿Quiere mirar el cheque? La mujer lo hizo, y un gesto de pasmo apareció en su rostro.

—¡Es por veinticinco mil dólares! —exclamó.

—Exacto. Y hay fondos, puede estar segura. Ahora, escuche mi apuesta, señorita Hart: usted entrega el original de Davenport a uno de los lectores, con la condición de que lo lea esta misma noche, a fin de que tengamos su... veredicto mañana a primera hora de la mañana; si el veredicto es malo, yo he perdido la apuesta, y usted

puede hacer un viaje al Caribe con mi dinero, y que se divierta; si el asesor dice que el original es bueno, la apuesta la pierde usted, y entonces tendrá que pagarla y dar curso a esta novela para su publicación... ¿Me he explicado bien, señorita Hart?

—Ya lo creo que si —murmuró la secretaria—. Pero el procedimiento que está usted empleando es del todo irregular, señor Grant... Y, por otra parte, le aseguro que yo no tengo veinticinco mil dólares...

—No los necesita. Su apuesta contra mis veinticinco mil es sólo de un dólar. Si gana, veinticinco mil dólares para usted; si pierde, me paga un dólar. Señorita Hart gracias por recibirme, y muy buenas tardes. Espero su llamada.

El teléfono de la mesita de noche sonó a las nueve y siete minutos exactamente de la mañana siguiente. Emerson Grant alcanzó el auricular, aspiró hondo, y murmuró:

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, soy yo, señorita Hart. Dígame.

—...

—Lo siento por usted —sonrió ampliamente Emerson—. Espero que pueda permitirse perder un dólar.

—¿...?

—Dentro de una hora estaré ahí, para recoger el contrato y llevarlo a la firma del señor Davenport. Y, señorita Hart, una apuesta es una apuesta: prepare su dólar, ¿quiere?

CAPÍTULO X

Merle se colgó del cuello de Emerson, y le besó brevemente en los labios, exclamando a continuación:

—¡Dos días sin verte!

—Poco más de treinta horas —corrigió Emerson besándola a su vez en la punta de la nariz.

—Bueno, de todos modos es mucho tiempo... ¡Me gustaría saber qué has estado haciendo en Nueva York todo este tiempo!

—Más o menos —rió Emerson— lo mismo que he estado haciendo durante tantos años: trabajar. Y espero que vosotros hayáis estado haciendo lo mismo aquí... ¡Hola, Moss!

—¡Hola! —sonrió el rubio Roark, que había acudido al pequeño recibidor; señaló con la barbilla a Merle—. Oye, parece que esto va en serio, ¿eh?

Merle rió, se soltó del cuello de Emerson, se abrazó a su cintura, y se encaminaron los tres hacia la salita. En una pequeña mesa colocada ante el sofá se veían los restos de bocadillos, un par de latas de cerveza y un montón de papeles. Moss Roark señaló éstos.

—Es el borrador del informe sobre nuestro trabajo. Espero que no obligarás a tu secretaria a pasarlo en limpio. Sobre todo, porque el resumen es muy fácil.

—¿Quieres un bocadillo? —ofreció Merle.

—Y una cerveza, gracias —asintió Emerson; se dejó caer en el sofá, tomó los papeles, y les echó un vistazo, tras contemplar las piernas de Merle, que salía de la salita—. Está bien, Moss: ¿nada?

—Nada —movió la cabeza Roark, sentándose a su lado—. Y casi nos atrapa el sargento Carnap: anda por ahí dando vueltas buscando algo. No sabemos qué.

—Es un viejo zorro —murmuró Emerson—. Apostaría a que se está oliendo algo. ¿Nada de nada, Moss?

—Nada de nada. Hemos estado todo el tiempo buscando a las

personas de tu lista, y por suerte las hemos localizado a todas. Algunas han admitido que de tarde en tarde visitaban a Davenport. Muy pocas, porque según parece Davenport no resultaba fácil de tratar. Está un poco amargado, claro. Bueno, el resumen consiste en que ninguna de las personas de tu lista fuma «Chesterfilter».

—Mala suerte. En realidad, es lo único que me faltaba para saberlo todo. Claro que —sonrió desgánadamente— cabe la posibilidad de que todo sean cosas mías, de que me esté equivocando.

—Esto no sería corriente —sonrió Roark—, pero sí posible.

—Sí, eso es lo malo. Quizá he leído demasiadas novelas policíacas. Pero, Moss, fueron las novelas policíacas las que me impulsaron, desde niño, a mi trabajo actual. Claro, yo no podía decirle a mi padre que no quería ser abogado, sino investigador..., pero eso es lo que quería, y eso es lo que soy ahora que mi padre no puede disgustarse. No sé si me entiendes.

—Me parece que sí —asintió Roark—: eso es lo que te gusta, y eso es lo que estás convencido de hacer mejor.

—Bellamente expresado —casi rió Emerson, recordando las frases del sargento Carnap—. ¿Habéis tenido muchas dificultades?

—No, no. Las corrientes, nada especial. Tu secretaria es muy simpática, y tiene buenas relaciones con toda esa gente. Lo único malo ha sido que nos hemos destrozado los pies.

—Pero nada de «Chesterfilter».

—Lo siento, Emerson. De todos modos, deben haber muchas más personas que visiten ocasionalmente a Elton Davenport. Y alguna de ellas debe fumar «Chesterfilter».

—Supongo que sí, pero... ¿cómo localizar a esas personas?

Quedaron silenciosos los dos. Emerson se dedicó a repasar el borrador del informe en el que Roark y Merle habían estado ordenando los resultados de sus pesquisas. Apareció Merle, con un par de bocadillos y una lata de cerveza, y Emerson dejó los papeles y se dedicó a la sencilla cena. Merle se sentó a su lado.

—Bueno, en serio: ¿cómo te ha ido por Nueva York? —preguntó.

—He colocado la última novela de Elton Davenport en la «Manhattan Press». Traigo el contrato para que Davenport lo firme.

—Pero... la «Manhattan» es una de las mejores —se sorprendió Merle—. Y últimamente, la firma de Davenport no estaba por esas

alturas.

—Si la «Manhattan» la ha comprado, por algo será, ¿no? Y además, he ganado un dólar...

Emerson explicó sus actividades en Nueva York, mientras iba dando cuenta de los bocadillos y bebiendo la cerveza. Lo más molesto había sido tener que esperar el contrato para Davenport, y eso era lo que le había retrasado hasta última hora de la tarde. Cuando Emerson terminó su explicación. Moss Roark encogió los hombros.

—Bueno, al menos has ayudado a tu admirado Davenport, que no es poca cosa. Creo que todavía tienes tu habitación en el «Clarion»...

—Sí. ¿Por qué?

—Demonios, me gustaría descansar un poco. Me iré allí, y espero que no me pongan inconvenientes...

—Nada de eso —negó Emerson—: los tres tenemos mucho trabajo esta noche, Moss.

—¿Los tres? ¿Qué trabajo?

—Quiero reconstruir todo el asunto. Y cada uno de nosotros tendrá un papel. Yo seré Davenport, tú serás Rupert Trumbull y Merle será Evangeline Farr.

—Pasmosamente interesante —exclamó Roark—. La verdad es que estoy cansado, pero no me importa. Daría cualquier cosa por poder convencerme de que Trumbull fue asesinado. ¡Qué demonios, se lo merecía! ¡Era un cochino asqueroso!

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió Emerson—. Es lo mismo que dice su exesposa... Pero tú no estuviste casado con él. ¿Por qué lo has dicho, Moss?

—Bueno, era un indecente cruel. Según nos han contado nuestros entrevistados, solía bromear a costa de la vida sexual de Elton Davenport.

—¿La vida sexual de Davenport? —Se pasmó ahora Emerson.

—Sí, hombre. En ese aspecto, al parecer, Davenport no es un inválido. Tampoco es un fauno precisamente, pero está claro que el hombre tiene sus necesidades.

—¡Ah, sí, eso! —asintió Merle—. Sí, fue desagradable enterarse.

—¿Qué tal si me lo explicáis bien? —Gruñó Emerson.

—Parece ser que Davenport recurrió a Trumbull, su agente

literario y amigo de confianza, para que le ayudase en ese aspecto. Vamos, que le preguntó si sabía de alguna chica... Ya sabes. Y Trumbull se la proporcionó. Consiguió el número de teléfono de una *call-girl*, y se lo dio a Davenport. Luego, el muy mierda, se dedicó a bromear sobre el asunto, haciendo chistes obscenos: que cómo lo haría Davenport, que si la chica debía cobrarle el doble de la tarifa por su exceso de trabajo... Cosas así. Si un amigo se burlase de mí de ese modo, te juro que le partiría la cabeza.

—No creo que Davenport sepa esa faceta de su «amigo» Trumbull —murmuró Emerson—. Pero aunque la... Un momento, ¡un momento...! ¿Quién es la chica?

—¿La *call-girl*? Ni idea. ¿Por qué?

Emerson Grant y Moss Roark se quedaron mirándose, visiblemente alterados, y Merle fue mirando de uno a otro. Roark fue el primero en reaccionar, abalanzándose sobre los papeles que componían el borrador de su informe, y pasándolos rápidamente...

—¡Aquí está! —exclamó—. ¡Charles Cox! Emerson, ¡éste es el tipo que nos dijo todo eso de los comentarios de Trumbull sobre la vida sexual de Davenport!

—¡Llámallo! —señaló Emerson el teléfono.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó por fin Merle.

Emerson se llevó un dedo a los labios. Moss Roark estaba ya marcando un número de teléfono.

—¿Señor Cox? —pidió.

—...

—Señor Cox, soy Roark de nuevo, ¿me recuerda?

—...

—Gracias, es usted muy amable. Señor Cox, voy a molestarle a usted un poquito más. ¿Recuerda lo que nos dijo sobre la vida sexual de Davenport...?

—...

—Estupendo. ¿Sabe el nombre o el teléfono de la chica?

—...

—Sí, sí, entiendo. ¿Le parece bien que le llame dentro de diez minutos? Gracias, señor Cox —colgó y se volvió hacia Emerson—. Él no sabe quién es la chica; pero sabe a quién le pidió Trumbull un teléfono para complacer a Davenport. Tenemos que esperar diez minutos.

—Voy a gritar si no me decís lo que pasa —advirtió Merle.

—Emerson piensa que quizá la chica que visitó a Davenport sí fume «Chesterfilter» —dijo Roark—. El señor Cox se está interesando por la chica, y espero que podrá decirnos algo dentro de diez minutos.

Diez minutos más tarde Roark volvió a llamar a Charles Cox. En seguida, hizo una seña a Merle, que se apresuró a facilitarle papel y bolígrafo. Roark hizo una anotación, agradeció la ayuda del señor Cox, colgó, y tendió la hoja a Emerson.

—Aquí tienes —sonrió—: el que está solo es porque quiere.

—Hemos olvidado algo —murmuró Emerson—: lo de la «Weston Library».

—Ah, no —negó Roark—. Estuvimos Merle y yo allí antes de venir hacia aquí. Tal como pediste, lo dejamos para el final. El señor Davenport no llamó ni ayer ni hoy a la librería para nada.

—Claro. Es demasiado listo..., y supongo que sospecha que yo no soy tonto. Bien. —Emerson miró la anotación de Roark—, vamos a llamar a... Penélope. ¡Qué nombre tan bonito!

—Debe ser falso —rió Roark—. ¡El nombre de guerra!

—¿De guerra? —sonrió Emerson—. Yo diría que nuestra querida Penélope no hace la guerra, sino el amor.

Se echaron a reír los tres. Estaban contentos, tenían una posibilidad. Remota, pero posibilidad.

Y tan sólo cuatro o cinco minutos más tarde, sonó el timbre del apartamento. Moss Roark quedó estupefacto.

—Caracoles... ¡Eso es rapidez!

—No puede ser ella —negó Emerson—. Imposible. Abre tú. Merle. Moss, vamos al dormitorio.

Merle Atherton se dirigió hacia la puerta de su apartamento, esperó hasta estar segura de que Moss y Emerson habían entrado en el dormitorio, y entonces abrió. Frente a ella, el sargento Carnap captó perfectamente el sobresalto de la muchacha. Y sonrió.

—Buenas noches, señorita Atherton. ¿Soy inoportuno?

—Sargento... Bueno, no...

—He estado intentando localizarla por teléfono, pero no ha habido forma de conseguirlo, así que pensé que obtendría mejores resultados viniendo a visitarla. Sólo quisiera hacerle unas cuantas preguntas. ¿Puedo?

—Sí... Sí, desde luego.

Merle se apartó, y el policía entró en el apartamento. La muchacha cerró la puerta, y se encaró con Carnap.

—Usted dirá, sargento.

—Señoría Atherton, estoy muy cansado... ¿Me permitiría sentarme?

Era imposible negarse, y Merle señaló hacia la salita. Nada más entrar allí, la aguda mirada de Carnap vio sobre la mesita los papeles, los restos de la parca cena, las latas de cerveza... Pero su mirada resbaló sobre todo esto, como si no hubiera reparado en ello, y fue a colocarse de espaldas ante un sillón mirando a Merle. Ésta se sentó, y Carnap lo hizo entonces, suspirando.

—Tengo los pies destrozados, de veras... ¿Ha estado usted fuera de la ciudad, señorita Atherton?

—No... No, no. He estado haciendo algunas compras, eso es todo.

—Ah. Bien, no voy a entretenerla demasiado. Perdone que la moleste de nuevo, pero creo que podría usted ayudarme.

—Me encantaría poder hacerlo, sargento.

—Muy amable. Veamos... Usted trabajaba para Evangeline Farr, de modo que iba con frecuencia a su casa, y es de suponer que en más de una ocasión encontrara allí a otras personas... Y no me refiero ahora al señor Trumbull, claro está. A este respecto, parece que tenemos las cosas muy claras. Bueno, usted ya me oyó cuando cambié impresiones con el señor Grant en su coche, así que ya sabe a qué atenerse.

—Sí, creo que sí.

—Y a propósito del señor Emerson: ¿qué sabe usted de él? Quiero decir ¿lo ha vuelto a ver? ¿Sabe si está en Bridgeport?

—El señor Grant debe ser una persona muy ocupada, y por tanto, olvidadiza. No, no podría decirle dónde está ahora.

—Lástima. Es un joven inteligente y educado. En fin, sigamos con lo nuestro. ¿Encontró con frecuencia amigos o amigas de la señorita Farr en su casa cuando usted iba a trabajar?

—Sí, algunas veces había allí otras personas, o llegaban después que yo..., pero la verdad es que no me fijaba demasiado en ellas. Yo hacía mi trabajo, y eso era todo.

—Es una lástima Estamos buscando al hombre que saltó por la

ventana del garaje, y he pensado que quizá usted podría darme alguna orientación. Quiero decir que tal vez en alguna ocasión usted observó... determinada atención especial de la señorita Farr hacia alguno de los visitantes. Especialmente, cuando el señor Trumbull no estuviera allí, se entiende.

—Sí, comprendo. Pero no tengo la menor idea sobre eso, sargento.

Carnap quedó unos segundos pensativo. Por fin, movió la cabeza con gesto preocupado.

—Al principio, pensé que el visitante de la señorita Farr se apresuraría a ponerse en contacto con la Policía en cuanto supiese lo sucedido, pero está claro que fui un tanto ingenuo. Lógicamente, ese hombre preferirá permanecer en el anonimato. No tiene por qué complicarse la vida atestiguando en un caso ya resuelto, ¿verdad?

—Parece lógico —asintió Merle.

—Sí. Pero a mí me gustaría encontrar a ese hombre.

—Siento mucho no poder ayudarle.

—Mala suerte. Pero seguiré buscando por ese lado. Quizá alguna amiga o amigo de la señorita Farr esté mejor informada que usted. Es que estas cosas se saben, ¿comprende? El interesado, en este caso el señor Trumbull, puede permanecer en la ignorancia de la burla de que es objeto, si me permite expresarlo así, pero los amigos se enteran. Seguiré Buscando —se puso en pie—. ¿Sabe usted que la cerveza engorda, señorita Atherton?

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió la muchacha. Carnap señaló la mesita.

—Tres cervezas es demasiado para una chica como usted. Es demasiado bonita para estropear tan aceleradamente su silueta.

—¡Oh! —rió Merle—. ¡No he bebido yo todo eso, sargento! Han estado aquí un par de amigos que se casaron hace poco, y hemos comido unos bocadillos.

—¡Ah! Bueno, usted tiene trabajo ahora para limpiar todo esto. Gracias por atenderme, señorita Atherton.

—Siento no haber podido ayudarle.

Carnap se fue y cuando Merle regresó de la puerta, encontró ya en la salita a Emerson y a Roark.

—¿Crees que sospecha que estás aquí? —preguntó Merle.

—No desquiciemos las cosas —negó Emerson—. Tu explicación

ha sido muy buena, de modo que la ha aceptado. Pero aun así, asegúrate de que se va: echa un vistazo por la ventana.

Justo en el momento en que Merle veía desde la ventana cómo el coche de Carnap se ponía en marcha, sonaba la llamada en el apartamento.

CAPÍTULO XI

En realidad, se llamaba Mary Longfellow, pero, ciertamente, esto sonaba mucho menos dado a crear ambiente que el nombre de Penélope. Penélope era sugestivo, simpático, importante..., y, sobre todo, no resultaba comprometedor. Un número de teléfono y el nombre de Penélope era agradable y cómodo. Y tranquilo, por lo general.

Penélope llevaba un bonito abrigo, muy elegante y formal. Pero bajo el abrigo, la cosa se desquiciaba un poco. Sabía por experiencia que a los hombres les gustaba ya de entrada algo espectacular, de modo que su falda era cortísima, y bajo la ligera blusa escotadísima, sus formidables pechos macizos y rotundos oscilaban sin la presión del sujetador. Así se perdía menos tiempo.

Cuando la puerta se abrió, Penélope se llevó una agradable sorpresa. Sí, señor, ¡aquello era un hombre! Alto, bien vestido, joven, atractivo... ¡No todo iba a ser contentar vejestorios solitarios o tipos de mente tarada, y cosas así!

—¡Hola! —sonrió la prostituta—. Soy Penélope. ¿Eres Sam?

—Soy Sam —sonrió Emerson Grant—. Pasa, Penélope.

—Gracias, bonito.

Emerson sonrió de nuevo. Cerró la puerta, tomó del brazo a Penélope, y la llevó a la salita. La muchacha dirigió una indiferente mirada a su alrededor.

—Apuesto —dijo— a que este apartamento es de un amigo.

—Has ganado la apuesta —admitió Grant—. Ya sabes cómo son estas cosas: la discreción nunca está de más. ¿Quieres un trago?

—Bueno —asintió Penélope—. Pero no podré estar aquí más que hora y media, como máximo. Tengo otra entrevista a las diez.

—De acuerdo. ¿Whisky?

—Bueno. Con hielo, ¿eh?

—Con hielo —asintió Emerson.

Se fue a la cocina en busca de hielo. Cuando regresó, la bella Penélope se había quitado el abrigo, y estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas, mostrándolas en toda su extensión; el escote de la blusa era ya pura fórmula. Emerson sirvió *whisky* en los dos vasos, y fue a sentarse junto a Penélope; tendiéndole uno.

—Salud —dijo Penélope.

—Para todos —alzó su vaso Emerson.

Penélope bebió un sorbito, y de pronto retiró el vaso de sus gruesos labios prometedores, y sonrió.

—Eres un tío guapo, ¿sabes?

—Gracias —rió Emerson—. Tú tampoco estás mal.

—¿Cómo que no estoy mal? —protestó Penélope, dejando su vaso y quitándose rápidamente la blusa—. ¿Esto es no estar mal?

—Yo diría que estás superior —aprobo Emerson, mirando los macizos y bien formados pechos—. Lo que me hace temer que tu tarifa sea un poco alta.

—¡Bah! Para ti, doscientos, amor.

—¡Caramba!

—¿Te parece mucho? —Frunció el ceño ella—. Bueno, toca el material, y te convencerás de que la calidad bien vale el precio.

Emerson asintió, pero sin parecer interesado por la valoración manual del género.

—Te voy a dar quinientos, Penny —dijo.

La prostituta, que de nuevo bebía un sorbito de *whisky*, se quedó mirándolo especulativamente por encima del vaso. Bebió, lo dejó de nuevo sobre la mesita, y dijo:

—Te advierto que hay cosas a las que no llego, amor. Mira, lo soporto casi todo, menos que me...

—Tranquila. Va a ser mucho más fácil de lo que piensas. — Emerson sacó su billetera, extrajo cinco billetes de cien dólares, y los colocó hábilmente entre los pechos de Penélope—. En lugar de jugar en la cama, charlaremos aquí mismo, en el sofá.

—¿Sólo charlar?

—Sólo charlar.

—Maldita sea mi estampa... ¿Eres policía?

—No. Penny: ¿conoces a un hombre llamado Elton Davenport? Vive en Boston Avenue, y está inválido de las piernas.

Penélope bajó la mirada hacia los billetes tan hábilmente

colocados en su anatomía. Luego, volvió a mirar a «Sam».

—No recuerdo bien —murmuró—, ¿qué pasa con ese sujeto?

—Mira, si vamos a estar perdiendo el tiempo, dejémoslo. Yo quiero respuestas concretas y sinceras. Sólo eso. Y no me vengas con el cuento de que no recuerdas a un cliente de las características que te he descrito. ¡Vamos, Penny...!

Penélope retiró los billetes de entre sus pechos, agarró su bolso, lo abrió, y los metió dentro. Luego, mientras comenzaba a ponerse la blusa, asintió, de mala gana.

—Lo conozco.

—¿Has estado con él?

—Varias veces. Tres o cuatro, eso no lo recuerdo bien. Es un hombre agradable y generoso, en lo que cabe. Y poco complicado por el asunto, ¿comprendes? El hombre juega un poco con su muñequita —se señaló a sí misma—; unos toquecitos por aquí, otros por allá, que si una miradita en tal sitio, que si hazme este pequeño favor antes de lo otro... Luego, se monta, y ya está. Normal.

—¿Lo hicisteis en la cama?

—Sí. Le costó un poco subir, pero lo hizo. A la cama, digo.

—Sí. ¿Y cómo llegó hasta la cama?

—En su silla de ruedas, claro. Al principio me dio pena, pero a la hora de la verdad demostró que funcionaba bien... ¿Es esto lo que querías saber?

—¿Cuándo fuiste con él la primera vez? ¿Hace dos años, uno quizá...?

—No, no tanto... Bueno, a veces no sé ni el día en que vivo, ¿comprendes?, pero no hace tanto... No sé... Cinco o seis meses.

—Y desde entonces has vuelto dos o tres veces más.

—Sí, sí. Es un hombre interesante, ¿sabes? ¡Escribe libros!

—Sí, lo sé. —Emerson se palpó la chaqueta—. ¿Tienes cigarrillos? Los he terminado. Penélope abrió el bolso, sacó un paquete de cigarrillos «Chesterfilter», y lo tendió a Emerson Grant, que lo tomó lentamente, como cuidadosamente.

—Haces bien en fumar con filtro —murmuró—. ¿O es casualidad que lleves éstos en el bolso?

—No. Siempre fumo la misma marca. Menos cuando me invitan, claro. Entonces acepto lo que sea.

—Ya. Bueno, Penny, resumiendo: el señor Davenport es un

hombre sexualmente normal. ¿Cierto?

—Normal de acuerdo a su edad, sí. En cuanto el hombre utiliza su arma, una se olvida de que está paralítico, ya me entiendes.

—Sí —sonrió Emerson—. De acuerdo, Penny, los billetes son tuyos. Y gracias.

—¿Eso es todo? —Se pasmó la prostituta.

—Todo.

—¡Atiza! Pero..., ¿de veras? ¿No vamos a hacer nada?

—Nada.

—¡Vaya...! Y yo que creía que eres un cachondo raro que querías ponerte en marcha escuchando las travesuras de un inválido... ¡Desde luego, eres extraño, amor! ¿De verdad no...?

—Estás buenísima —sonrió Emerson—, pero no.

—¡No serás impotente!

—No —rió Emerson—, no lo soy.

—Bueno... Vaya, cáscaras, una nunca deja de aprender cosas nuevas. Luego dirán que esta profesión no es interesante... ¿O sea, que puedo irme ya?

—Así no llegarás tarde a tu siguiente cita.

La desconcertada Penélope se marchó del apartamento un minuto más tarde. ¡Extraña vida...! A veces había tenido que hacer maravillas para conseguir cien dólares, y ahora, por decirle a un tipo lo que hacía otro, le largaban quinientos. ¡Quinientos! Bueno, es bien sabido que el mundo está lleno de locos...

Pero, por supuesto, Emerson Grant no estaba loco. Ni lo estaban Merle Atherton y Moss Roark, que se habían reunido con él en la salita apenas se hubo marchado Penélope.

—Bueno —murmuró Emerson, mostrando el cigarrillo que estaba fumando—, aquí lo tenéis por fin: un «Chesterfilter».

—¿Y ahora? —inquirió Roark.

—Ahora más que nunca, tal como tenía proyectado, nosotros tres vamos a reconstruirlo todo. Como ya dije antes, tú serás Rupert Trumbull, Moss. Tú, Merle, serás Evangeline Farr. Y yo seré Davenport...

Desde su ventana, Elton Davenport observó la llegada de Emerson Grant ante su casa. Es decir, reconoció el coche del joven abogado inmediatamente. Y segundos después, lo vio apear, y caminar hacia la casa.

—Ahí está otra vez —susurró Davenport—. Estoy seguro de que es de los que nunca se dan por vencidos. Veremos qué dice ahora.

Pero, para asombro de Elton Davenport, Emerson Grant no llamó a la puerta. Simplemente, desapareció del ángulo visual de Davenport en cuanto estuvo más cerca de la casa, y eso fue todo. En vano estuvo esperando el novelista la llamada, para accionar el resorte que abría eléctricamente la puerta de la casa.

Los grises ojos de Davenport casi quedaron ocultos tras los entornados párpados.

—¿Dónde estás ahora? ¿Qué estás haciendo?

Naturalmente, no obtuvo respuesta alguna. La antigua costumbre de hablar en voz alta en soledad tenía esta ventaja y esta desventaja: jamás nadie le discutía, jamás nadie le respondía...

Davenport puso sus fuertes manos sobre las ruedas de la silla, y la hizo desplazarse hacia la salida del salón-despacho. Cruzó el vestíbulo, llegó ante la puerta, y la abrió manualmente. Colocó la silla rodante en el umbral.

—¿Grant? —llamó—. ¿Está usted ahí, Grant?

Silencio. Eran cerca de las nueve y media de la noche, todo estaba en calma en la Boston Avenue. Aquí y allá, las luces en las ventanas de algunas casas discretamente separadas.

—¿Grant? —llamó de nuevo Davenport. Silencio.

El inválido hizo retroceder la silla, cerró la puerta, y se orientó hacia el fondo del vestíbulo, mirando el paso entre la escalera que subía al piso de arriba, donde hacía años que no estaba, y la pared de la izquierda. Podía llegar a la cocina, abrir la puerta, y llamar a Grant, que quizá estuviese en el jardín de la parte de atrás.

Pero Elton Davenport no fue hacia la cocina. Regresó a su despacho, y volvió a colocarse ante la ventana, tras recoger, de pasada, su pipa. Un coche pasó por la avenida. Davenport encendió la pipa, y su mirada fue de nuevo hacia la avenida, solitaria en aquel momento. El novelista se dedicó a fumar, inmóvil, atento al oído, y no menos a la vista.

Por fin, cuando hacía ya rato que había consumido la carga de la pipa, apareció el coche, acercándose a la casa de Rupert Trumbull. Era un coche que Davenport no conocía. No era de ningún vecino, ni de nadie que él conociese. El hombre que se apeó, tras colocar el coche frente a la puerta del garaje de Trumbull, tampoco era

conocido por Davenport. Había llegado sólo en el coche, y ahora caminaba hacia la puerta del garaje... No, hacia la puerta, sino hacia el lado, desapareciendo hacia la parte de atrás del jardín de la casa de Trumbull. La iluminación era buena, Davenport había estado viéndolo todo hasta entonces, pero dejó de ver al hombre entonces. Fue como si éste hubiese entrado en la casa...

El novelista alzó lentamente su brazo izquierdo, y miró la hora de su reloj de pulsera. Eran las diez y media de la noche... Las veintidós treinta.

Una seca sonrisa apareció en la dura boca de Elton Davenport.

—Lo estás reconstruyendo —susurró—. ¡Bravo, chico! Lo estás reconstruyendo todo... ¡Muy bien! Ahora tengo que esperar a las once y cuarto: entonces, te veré subiendo al coche en el que ha llegado el desconocido que hace el papel de Trumbull... ¡Y no creo equivocarme!

Elton Davenport no se equivocó. A las once y cuarto, es decir, a las veintitrés quince, vio aparecer a Emerson Grant, al que identificó en el acto, procedente del jardín de atrás de la casa de Rupert Trumbull. Es decir, que Emerson Grant había llegado allí por la zona de atrás de las casas que daban a Boston Avenue, caminando por el césped, fuera del alcance de casuales miradas. Y ahora, naturalmente, Emerson Grant entraría en el coche que había llegado a las veintidós treinta el desconocido, y se marcharía..., naturalmente, hacia la casa de Evangeline Farr..., de la cual regresaría hacia las doce y media de la noche, es decir, a las cero horas veinte minutos exactamente del día siguiente.

—Muy bien, muchacho —aprobó Davenport—. ¡Muy bien!

Efectivamente, Emerson Grant se metió en el coche en el que había llegado el otro sujeto, y se marchó. Elton Davenport cargó de nuevo su pipa, y se dedicó a fumar apaciblemente, sonriendo de vez en cuando, casi riendo en alguna ocasión.

—Je, je... ¡Je, je, je! ¡Es listo el muchacho! Demonios, ya lo creo que es listo. Pero, claro, después de tantos años leyendo novelas policíacas, a uno se le desarrolla ese instinto... Pero es listo, el condenado. ¡Ya lo creo que sí!

A las cero horas veinte minutos del día siguiente, Emerson Grant regresó, efectivamente. Desde la ventana, fumando su pipa todavía, Davenport lo vio detener el coche de nuevo frente al garaje. Era

como si hubiese entrado en éste, a efecto de la prueba, claro. Luego, Emerson Grant desapareció otra vez hacia la zona de los jardines de atrás de las casas..., mientras la mujer que había salido del coche se quedaba mirándolo. Pronto apareció el hombre, el desconocido que había llegado con el coche que había utilizado Emerson Grant. El desconocido y la muchacha cambiaron unas palabras, se metieron en el coche, que rodó marcha atrás hasta la calzada, y, tras la maniobra, el coche se acercó a la casa de Elton Davenport. Poco después, estaba estacionado frente a la casa, detrás del de Emerson Grant. Pero ni el hombre desconocido, ni la mujer, salieron del coche. Davenport vio la llamita, y luego el relumbrón de las brasas de dos cigarrillos, y las siluetas del hombre y de la mujer.

—Apostaría —murmuró, sonriente— a que incluso calculas perfectamente el tiempo de regreso, amigo Emerson. Es decir, que dentro de diez minutos aproximadamente, llamarás a mi puerta..., tras llegar ahí caminando por detrás de las casas, claro está.

Exactamente nueve minutos y medio más tarde. Elton Davenport vio aparecer a Emerson Grant, de espaldas a él, caminando hacia su coche. Ignorando a los ocupantes del otro coche. Grant recogió un portafolios del suyo. Regresó hacia la casa de Davenport, y cuando se cumplían diez minutos y medio en el reloj de éste desde que le diera diez a Emerson para llamar, sonó la llamada.

Elton Davenport recurrió al mecanismo de apertura eléctrica de la puerta.

Segundos después. Emerson Grant aparecía en el despacho-salón, en el que, por toda iluminación, había el fuego encendido en la amplia chimenea, que esparcía un sonrosado resplandor lleno de sombras en la amplia pieza.

Emerson cruzó el despacho, y se sentó frente a Davenport, contemplando su rostro que parecía del color del fuego. Era como una piedra iluminada por una luz hermosa y trágica, el rostro de Elton Davenport.

CAPÍTULO XII

—Buenas noches, señor Davenport —saludó Emerson.

—¡Hola, muchacho! —sonrió el novelista—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —sonrió también Emerson—. Le he colocado «El instante de morir» en «Manhattan Press».

—¡En la «Manhattan»! ¿De veras?

—De veras. Precisamente, he traído el contrato, para que lo firme, si le parece bien. Como abogado, debo decirle que está perfecto en todos sus puntos. Además, usted ya conoce esta clase de contratos, ¿no es así?

—Por supuesto. Alcánceme la pluma, por favor, y firmaremos ese papelote.

Emerson cogió la pluma de Davenport de sobre la mesa, le puso el contrato apoyado en la cubierta de un libro, y lo colocó sobre una rodilla de Davenport.

—Encenderé la luz para...

—No hace falta, muchacho: mi vista es excelente. Además, cualquiera sabe estampar a ciegas su firma, ¿no?

—Claro que sí —sonrió Emerson.

Davenport firmó el contrato, mientras decía:

—Y ni siquiera voy a molestarme en leerlo, ya que tengo absoluta confianza en usted.

—Gracias, señor Davenport.

—Oh, vamos, deje de llamarme «señor Davenport»... ¿Qué le parece si simplificamos? A fin de cuentas, nos estamos haciendo grandes amigos. Yo soy persona agradecida, así que me gustaría llamarle Emerson, a secas. Y usted llámeme Elton... ¿De acuerdo, Emerson?

—De acuerdo, Elton. Esa copia es para usted... ¿Quiere que se la guarde en algún cajón de la mesa?

—Bastará que la deje por ahí. Tenga, deje también la pluma... Gracias. Bueno..., ¿y cómo se las ha arreglado usted para conseguir esto, Emerson?

Éste volvió a sentarse y tras guardar la copia que debía remitir a la «Manhattan Press» en su portafolios, movió la cabeza.

—Vamos, Elton —murmuró—: usted sabe muy bien que no he sido yo quien ha conseguido este contrato, sino usted. Simplemente, su novela es muy buena. Como siempre, claro está. A mí no me ha causado la menor sorpresa.

—¿Pero alguien se ha sorprendido? —rió Davenport.

—Digamos que el pasmo ha sido total en la «Manhattan». Le creían a usted acabado hace años.

—Es lógico, teniendo en cuenta las malas novelas que he estado escribiendo últimamente.

—Me gustaría leer una de esas «malas» novelas.

—Ya le dije que las quemé todas.

—Sí, lo dijo. Pero no es cierto: las buenas novelas que usted escribió están todas publicadas, pero no con el nombre de Elton Davenport, sino con el de Evangeline Farr.

—¡Qué dice usted...! —exclamó Davenport.

—Vamos, Elton, dejémonos de tonterías, ¿quiere? Usted sabe perfectamente lo que ha estado haciendo Rupert Trumbull con usted durante estos últimos años.

—¿A qué se refiere? ¿Qué ha estado haciendo Rupert conmigo?

—Una auténtica canallada, eso hay que admitirlo. Cuando usted le entregaba sus originales, él no los llevaba a ninguna editorial, sino que los... cedía a Evangeline Farr, a cambio de los favores sexuales de ésta. Era el único modo que Trumbull encontró para conseguir acostarse con ella, y para retenerla profesionalmente, claro está, lo que significaba muchísimo dinero en porcentajes.

—Me parece que no entiendo bien —alzó las cejas Davenport.

—Bueno, no tengo ninguna prisa, y además, me gusta hablar. Ésa es mi faceta de abogado, ¿comprende? De modo que si realmente usted tampoco tiene sueño, y quiere que hablemos, hablaremos.

—A decir verdad, me ha intrigado usted, Emerson. Y todavía más después de todo ese tinglado que ha organizado. Le vi llegar antes, pero no llamó a la puerta. Luego, llegó un hombre con un

coche frente a la casa de Rupert, y luego...

—Usted sabe perfectamente que he estado reconstruyendo los hechos, es decir, todos y cada uno de los pasos de usted desde que salió de su casa por la parte de atrás hasta que regresó..., después de asesinar a Rupert Trumbull y a Evangeline Farr.

—¿Se ha vuelto loco? —exclamó Davenport, chispeantes los ojos.

—Los dos sabemos que no. Usted supo lo que hacía Rupert Trumbull con sus novelas. Él se las llevaba a Evangeline Farr, y ésta las retocaba superficialmente, dejando intacto el problema policíaco, y la intención central de la novela; entonces, ponía su firma en el nuevo original, y Trumbull llevaba la novela a la mejor editorial del género. Naturalmente, la novela era muy buena, y era aceptada inmediatamente. Así nació la fama de Evangeline Farr, cimentada sobre las novelas de Elton Davenport..., mientras que las que escribía ella eran llevadas a editoriales como si las hubiese escrito usted. Era muy fácil la jugada: a un título de usted, Trumbull y la Farr le ponían un texto de ella, y a un texto de usted, le ponían el título y la firma de Evangeline Farr. Consecuencia lógica era que cuando los editores rechazaban el título que usted había ideado, estaban rechazando en realidad una novela escrita por Evangeline Farr. Y cuando aceptaban un título de Evangeline Farr, estaban aceptando un texto escrito por usted, más o menos retocado en detalles no fundamentales. De este modo, puesto que la Farr era una mala novelista, y usted siempre ha sido de lo mejor, ella comenzó a triunfar rápida y arrolladoramente, y usted inició el declive... empujado por las malas novelas que ella escribía y que los editores atribuían a usted. «Debe ser cosa del accidente», decían. «Davenport ya no es el mismo desde que tuvo el accidente, algo le ha afectado psíquicamente»... Lo que usted llamaría factor psicológico, Elton.

—Es muy importante siempre el factor psicológico en todo —sonrió Davenport.

—Sin la menor duda. Pero el engaño no podía durar indefinidamente. Trumbull tenía la ventaja de que usted, eso sí es cierto, prefería llevar una vida aislada y sólo unos pocos amigos le visitaban de tarde en tarde. Y contando con el truco ya explicado, y con el hecho de que usted no quería saber nada de editores ni de visitas ni contactos con casi nadie, la cosa estuvo funcionando.

Trumbull le traía cartas en las que, en efecto, varios editores rechazaban los títulos de usted (con textos de la Farr recuerde), y usted no tuvo más remedio que aceptar las evidencias. Pero no debía estar muy conforme, no, porque usted *sabía* que sus novelas eran buenas. ¿Qué les ocurría a los editores, entonces? Seguramente estuvo rompiéndose la cabeza pensando en esto antes de dar con la solución: la simple, sencilla, diáfana solución. Es decir, que la Farr y Trumbull se estaban burlando de usted, lo estaban explotando, escarneciendo, estafando, hundiendo su prestigio tan duramente ganado. Supongo que debió usted ver por fin la jugada cuando, inevitablemente, se enteró por alguien, o quizá por algún desliz del propio Trumbull, que éste y la Farr eran amantes. ¿La Farr, una chica tan bonita y joven, amante del asqueroso Rupert? ¿Cómo era posible?, se preguntó usted. Y partiendo de ahí, poco a poco, magníficamente, comenzó a trabajar. Y nació la sospecha de lo que... *podía* estar ocurriendo. Pero tenía que asegurarse, claro, así que puso en marcha su plan: llamó a la «Weston Library», como era costumbre en usted desde que tuvo el accidente, y pidió unos cuantos libros, incluyendo en el pedido una novela de Evangeline Farr, concretamente la titulada «Crimen a la hora 30». Le enviaron su pedido, y usted puso el grito en el cielo: ¿cómo se habían atrevido a enviarle una novela policíaca? ¿Acaso no sabían que usted nunca leía esa clase de libros, que sólo los escribía...? La librería envió a alguien a recoger la novela, y la borraron de su cuenta. Pero usted ya se había asegurado de que, cuando vinieran a buscar «Crimen a la hora 30», ya habría tenido tiempo de leerla. Y fue entonces cuando supo que Trumbull y la Farr le estaban estafando brutalmente en algo más que dinero: en su creación, en lo que usted más amaba, en el fruto de su mente, de su trabajo, de su esfuerzo, de sus estudios de técnicas policiales, de psicología de la delincuencia, ¡de tantos años de trabajo y esfuerzo! Naturalmente, identificó en el acto el texto de «Crimen a la hora 30» como el correspondiente a una de las novelas, que con otro título, usted había entregado a Trumbull, y que éste le había devuelto, con cartas que demostraban que los editores la encontraban muy mala..., cosa lógica, puesto que la que los editores rechazaban con el título de usted la había escrito Evangeline Farr. De modo que usted quedó enterado de la verdad, y calló. De cuando en cuando,

Trumbull no tenía más remedio que colocar alguna novela de usted, para no mosquearlo demasiado, pero, claro, recurría entonces a editoriales de poca monta, para no provocar los celos de su protegida y falsa triunfadora, la bella Evangeline Farr..., a la que usted conoció por la televisión. Y ya seguro de todo esto, usted se dijo que aquel par de puercos no merecían otra cosa que la muerte por burlarse de un pobre inválido que sólo tenía como aliciente y objetivo de su vida escribir novelas cada vez mejores, tanto, que comenzaban a traspasar la linde de lo estrictamente policíaco, lo cual era, precisamente, el motivo por el que Evangeline Farr, con los textos de usted, estaba triunfando. ¿Cierto, Elton?

—Si no he entendido mal, usted piensa que yo maté a los dos, a la Farr y a Trumbull.

—Sí.

—¿Y cómo pude hacer semejante cosa? ¡Ni siquiera puedo moverme de este sillón, Emerson, muchacho!

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció Emerson, inclinándose hacia el novelista—. Son «Chesterfilter»..., a propósito, precisamente esta noche he conocido a una chica que fuma «Chesterfilter». Se llama Penélope... Pero seguramente usted no la conoce, claro.

—La conozco —sonrió Davenport—: es un putita muy amable y complaciente. Espero que no me reproche demasiado que de cuando en cuando me deje llevar por los deseos de la carne.

—Generalmente, esos deseos no son demasiado malos. Los de la mente son más peligrosos. Elton, es usted admirable, fantástico... Dígame: ¿cuánto tiempo le llevó planearlo todo?

—Planear..., ¿qué cosa?

—¡El doble asesinato! Desde luego, hace falta paciencia, inteligencia y temple para hacer lo que ha hecho usted. Elton. Le admiro profundamente.

—Pero. Emerson, muchacho: ¿qué he hecho yo?

—Yo creo que lo fue preparando con infinita paciencia... Para usted fue como planear el asesinato de una de sus novelas. Tuvo en cuenta todo, hasta el último detalle... ¡Hasta el detalle de las colillas de cigarrillos en el cenicero de la casa de la Farr!

—¿Colillas de cigarrillos «Chesterfilter», quiere decir?

—Oh, lo mismo habría dado cualquier otra marca..., siempre y cuando no fuese la misma que fumaban Trumbull y la Farr, de las

cuales, claro está, usted se enteró sonsacando hábilmente a Trumbull..., el cual, sin saberlo, habrá estado colaborando en su propio asesinato facilitándole a usted toda una serie de informaciones..., incluyendo el número de teléfono de Penélope, la cual, además de posiblemente descongestionar agradablemente su sexualidad, le proporcionó los cigarrillos que necesitaba. Ella vino aquí, hizo su trabajo, y usted consiguió un par de cigarrillos. ¿Quién demonios habría de dar importancia a dos cigarrillos robados a una puta?

—Según parece, usted —rió Davenport.

—No se lo tome a broma, Elton. El sargento Carnap quizá está sospechando algo. Anda buscando al hombre que escapó por la ventana del garaje, y se mosqueará mucho cuando no encuentre de él ni la más pequeña pista... Y entonces, quizá llegue, por fin, a la conclusión de que ese hombre jamás existió, que no había nadie con Evangeline Farr que fumase «Chesterfilter», sino que las colillas fueron colocadas allí por alguien que quiso dar esa impresión. Naturalmente, no sería Trumbull quién se habría molestado en eso, ni en dejar abierta la ventana del garaje... Y entonces, sin duda, el sargento Carnap se pondría a buscar al hombre que lo preparó y lo hizo todo, al hombre que asesinó a Evangeline Farr y a Rupert Trumbull.

—Pero muchacho. ¡Rupert se suicidó después de estrangular a la Farr...!

—No.

—¿No?

—No. Usted lo hizo todo. ¿Quiere que le diga cómo, Elton?

—¡Me encantaría escuchar esa versión! —exclamó alegremente Elton Davenport.

—Intentaré ser breve y claro. Veamos... Sabemos ya los motivos que usted tenía para odiar a la Farr y a Trumbull, así que no le vamos a dar más vueltas a esa parte. Tampoco vamos a entrar en detalles respecto a la paciencia que tuvo usted, y a la habilidad con que lo fue planeando todo, utilizando al propio Trumbull, que ni de lejos podía compararse a usted en inteligencia...

—Gracias, Emerson —sonrió Davenport.

—Así pues, vamos directo a los hechos. Ya todo pensado y decidido, tenía que esperar usted el día favorable. Y ese día llegó: el

anterior al que Trumbull tenía que ir a Nueva York por cuestiones de trabajo. Naturalmente, usted se las arregló para saber que, como en anteriores ocasiones la Farr iría con él. Perfecto. Aquella noche, usted esperó el regreso de Trumbull, que se produjo a las veintidós treinta. Entonces, lo llamó por teléfono, y le dijo que dentro de diez minutos abriese la puerta de atrás de la casa, que iba a darle usted una agradable sorpresa... Y se la dio: diez minutos después, apareció usted allí, caminando con la ayuda de unas muletas...

—¿Qué muletas? —interrumpió Davenport.

—Las que usted mismo se construyó utilizando maderas y demás materiales que fue encargando a la señora Benet que le comprase. Ni por asomo dio la buena mujer importancia a sus pedidos, ya que usted siempre le estaba encargando que comprase toda clase de cosas para sus distracciones caseras: marcos de cuadros, estanterías para libros, una silla, ¡tantas cosas!

—Ya. Y fui caminando con muletas a la casa de Rupert.

—Así es. Por supuesto, hacía tiempo que tenía hechas las muletas, y ya llevaba meses practicando con ellas en sus horas de soledad.

—Interesante. ¿La Policía, o quizá usted, Emerson, han encontrado huellas de muletas en los jardines traseros de mi casa, o la de mis inmediatos vecinos, o la de Rupert?

—No. Ni una. Pero es lógico, ya que usted «calzó» sus muletas, Elton. No dejó unos extremos corrientes, que habrían producido marcas muy visibles en la tierra blanda, o en el césped, sino que dejó unos extremos preparados para colocar zapatos. Con todo el esfuerzo que cabe imaginar, usted subió al piso de arriba de esta casa, cogió un par de zapatos que ya jamás utilizaría, y agujereó la suela. Por esos agujeros, pasó un alambre, que luego ató al extremo de las muletas. De este modo, cuando usted fue hacia la casa de Trumbull sólo dejó, en todo caso, huellas normales de pies, es decir, de zapatos. Imposible pensar en usted si alguien hubiera prestado atención a unas huellas que, por lo demás, no tenía nada de extraordinario que estuviesen allí... De modo que, sobre muletas con zapatos, llegó usted a la parte de atrás de la casa de Trumbull, el cual le abrió la puerta que da a la cocina. Me imagino la sorpresa y la alarma de Trumbull al verle a usted capaz de desplazarse sin la silla de ruedas, pero él no podía reaccionar. Todo lo que pudo hacer

fue fingir alegría, etcétera. Usted le dijo que había que celebrarlo, y que le invitase a champán. Para entonces, me imagino que ya debían estar ustedes en el salón, de modo que Trumbull fue a la cocina, a retirar una botella de champán del frigorífico. Cuando regresó usted ya tenía en un bolsillo la pistola del propio Trumbull, que había tomado del cajón de la mesa de su despacho, o de dondequiera que él la guardase, sitio que, claro está, usted se había preocupado de averiguar anteriormente. Trumbull le encontró a usted sentado sobre la alfombra, y usted le dijo que se sentase también allí, explicándole que estaba más cómodo que en un sillón. Trumbull le obedeció. Y sólo cuando él estuvo sentado junto a usted, se dio cuenta de que usted tenía su pistola...

—En la cual dejé mis huellas dactilares, ¿no? ¿O las borré luego?

—Ni una cosa ni otra, Elton. Simplemente, usted llevaba puestos unos guantes de nylon, que se había hecho usted mismo.

—¡Caramba! —Davenport parecía fascinado—. Bueno, ¿y qué hizo Rupert?

—Amenazado por usted, se bebió prácticamente toda la botella de champán. Es fácil suponer que estaba poco menos que borracho cuando usted le golpeó con la pistola, o quizá con una de sus fuertes manos, en la sien derecha, privándole del sentido. Luego, le puso la pistola en la mano adecuadamente, tras colocarlo en la posición de sentado, y apretó el gatillo, dejándolo caer seguidamente de modo natural. Ni que decir tiene que la bala, disparada con la boca de la pistola en contacto con la sien, se llevó por delante toda posible señal de que Trumbull hubiese recibido allí un golpe antes de morir. Y si alguna señal quedó, atribuida a los efectos directamente traumáticos del balazo. Después de esto, usted puso en la mano izquierda de Trumbull su propio pañuelo...

—¿Para qué? —Se pasmó Davenport.

—Ya llegaremos a eso. Bien, ya tenemos muerto a Trumbull. Usted llevó las copas a su sitio, por supuesto sin dejar ninguna huella en ellas. Así, quedó montada la escena en la casa de Trumbull. Las huellas de éste estaban en la pistola y en la botella. Primera parte terminada. Así pues, se dirige usted al garaje, utilizando la puerta interior, es decir, la que comunica directamente con la casa. Entra en el coche, y, sosteniendo con sumo cuidado la

caja de mandos de la puerta automática, para no borrar las huellas de Trumbull sobre la puerta. Son las once y cuarto de la noche cuando sale usted conduciendo el coche que Rupert Trumbull...

—Vamos, Emerson... ¿Cree que puedo conducir?

—Ya lo creo que sí, aunque jamás lo dirá a nadie. Puede conducir perfectamente, aunque imagino que con no poco esfuerzo y tensión. ¿Quiere saber cómo? Muy bien. Del mismo modo que se había construido las muletas, se había construido también un... aparato, ya sea de hierro o de madera que utilizó como si fuese... una pierna. Con la mano derecha, controlaba usted el volante. Con la izquierda, utilizaba esa prótesis ideada y construida por usted para llegar al pedal del gas y del freno. El coche de Trumbull es automático. Todo lo que tenía que hacer usted era utilizar su prótesis para llegar al gas y partir. Para frenar, simple y lógicamente cambiaba de posición su prótesis, apretando el pedal del freno. No debió serle nada fácil, Elton. Por suerte era muy tarde, y no debía haber circulación apenas. De modo que pudo llegar a la casa de Evangeline Farr. Detuvo el coche lo más cerca posible de la casa, y, utilizando de nuevo sus muletas con zapatos, se acercó a la puerta y llamó...

—¿No habría sido mejor sorprender a la chica?

—No. Habría tenido que utilizar la llave de Trumbull para entrar, con riesgo de dejar alguna huella. Además, si usted entraba en la casa de la Farr utilizando la llave de Trumbull, se encontraría con que la muchacha estaría arriba, en el dormitorio, y quizá ella llamase a la Policía, o algo así. O no quisiera bajar... No, no, no. Usted llamó a la puerta, claro está, con los guantes puestos. Evangeline Farr quizá miró por una ventana de arriba antes de abrirle, o se aseguró de quién era antes de abrir. Y claro, no temió nada cuando supo que era usted. Pero sí se sorprendió grandemente. De un modo u otro, ella dejó de hacer su equipaje arriba, y le abrió... ¡Cielos, lo había olvidado! ¡El portafolios de Trumbull! Naturalmente, usted lo llevó a la casa de Evangeline Farr, a fin de dejarlo en el despacho de ésta antes de marcharse, para que pareciese que Trumbull se lo había olvidado en su visita anterior, y que, al volver fue cuando descubrió que la Farr le ponía cuernos alegremente... Ya sabe.

—Le sigo, le sigo, Emerson. Continúe, por favor.

—Bien. Usted encendió los dos cigarrillos «Chesterfilter» que hacía ya tiempo le había robado a Penélope, fumó de prisa, los apagó en el cenicero... No puedo ni imaginarme cómo entretuvo usted mientras tanto a Evangeline Farr, pero tampoco importa: es usted un hábil conversador, y ella debía de estar desconcertadísima, incluso es posible que asustada. Bien, terminó usted de fumar, y entonces dijo que no se sentía muy bien, y cayó sobre la alfombra. Lógico: la Farr acudió junto a usted, para auxiliarle... Entonces, usted la agarró por el cuello, y la estranguló.

—¿Antes o después de violarla? —se interesó Davenport.

—Antes. Elton, ése debió ser un momento terrible para usted, ¿no es cierto? Tenía en sus manos una mujer todavía palpitante, y debía dejar las cosas de modo que todo apuntase hacia otro hombre... De modo que la violó, recién muerta. Luego, fue a dejar el portafolios en el despacho, abrió la ventana del garaje, y dejó el cierre de la contraventana exterior suelto. Regresó al salón, desnudó a la Farr, si no la había desnudado antes de violarla, y se marchó, llevándose un zapato y las braguitas de la chica. Nadie le vio entrar de nuevo en el coche de Trumbull. Volvió a la casa de éste, dejó el coche en el garaje y entró en el salón, donde Trumbull estaba ya bastante frío. En la mano izquierda, usted sustituyó el pañuelo que le había colocado, por las braguitas de Evangeline Farr...

—Ah, entiendo. ¡Perfecto! De este modo, la mano tenía la forma crispada adecuada, ¿no es cierto?

—Exacto. En la botella quedaba un poco de champán, tal como usted había previsto. Escanció un poco en el zapato de la Farr, y, a falta de otro sitio mejor donde echarlo, se lo bebió. Dejó el zapato allí, cerca de la botella, contempló la escena, quizá arregló algún detalle, y, finalmente, salió de la casa por la puerta de la cocina, que, como la de la casa de la Farr, tiene pestillo de muelles, de modo que desde fuera se puede cerrar simplemente encajando la puerta. Bien... Ya fuera de la casa, regresó a ésta, entrando también por la puerta de atrás. Vino a este despacho, y, en el fuego, quemó las muletas, los zapatos, los guantes, quizá también la prótesis que había utilizado para accionar los pedales del coche. No quedó rastro de nada. Así pues, todo lo que tenía que hacer era esperar a la mañana siguiente y actuar con toda normalidad, es decir, llamar a Trumbull, sorprenderse porque éste no contestase al teléfono,

enviar a la señora Benet a ver qué ocurría, llamar a la Policía... Normal. Perfecto. Admirable, Elton. Sólo tengo una duda.

—¿Cuál?

—Me pregunto si Carnap seguirá adelante con esto, o, como parece lógico y usted tuvo muy en cuenta, simplemente se dará por vencido respecto a encontrar al hombre que según todas las apariencias estaba con la Farr cuando llegó Trumbull. Yo creo que optará por esto último, comprenderán que el hombre no quiera complicarse la vida cerrarán el caso diciendo que Trumbull asesino a la Farr y luego se suicidó... y punto final.

—Si —suspiró Davenport—. De acuerdo a la más simple lógica, eso es lo que pasará, Emerson. A menos, claro, que usted le explique toda su fantástica versión a la Policía, a Carnap.

—¿Fantástica versión? ¡No tiene nada de fantástica, es la realidad de lo que sucedió!

—Ah... En ese caso, podrá usted comprobarlo, claro.

—Usted sabe que jamás podría comprobar eso, Elton. Si alguien que no fuese usted me hubiese escuchado, ahora estaría riéndose de mí.

—Es desagradable que se rían de uno —reflexionó el novelista—, de modo que le sugiero que no se exponga a eso, muchacho. Creo que lo mejor sería dejar las cosas a gusto de la Policía. ¿No le parece?

—Pero usted ha cometido dos asesinatos, Elton.

—¿Yo? Un momento, un momento: yo no he admitido semejante cosa. Me he limitado a seguirle el juego de suposiciones.

—Entiendo —masculló Grant—. Teme usted que lleve encima una grabadora o que pueda presentar a la Policía la conversación grabada... ¿Es eso?

—No sería nada extraño, ¿verdad? Hoy día, las ciencias le facilitan muchas cosas al hombre.

—No llevo nada de eso encima. He venido limpio, esto es un cara a cara entre usted y yo, nada más. El maestro y el discípulo, Elton, sólo eso.

—Emerson: ¿qué piensa de mí?

—Sigo admirándole, y le estimo. ¡No puedo aprobar lo que ha hecho, pero tengo que comprenderle, y eso es fácil si me pongo en el lugar de usted! Pese a todo, creo que usted merece un castigo, así

que, aunque me cueste veinte años de mi vida, seguiré con esto hasta encontrar el fallo cometido...

—¿Qué fallo?

—Ha tenido que cometer alguno. Sólo uno, quizá..., pero siempre existe el fallo.

El rostro enérgico de Elton Davenport se iluminó con orgullosa sonrisa.

—No existe fallo alguno, muchacho. Créame: dedique su inteligencia y su tiempo a buscar otras cosas.

—Entonces, Elton, ¿lo hizo? ¿He acertado, lo hizo todo tal como yo he explicado?

—Venga por aquí siempre que quiera —sonrió el novelista—. Me gustará conversar con usted, intensificar nuestra amistad... Incluso admitiré sugerencias tuyas para mis próximas novelas, cosa que no aceptaría de nadie. Y por supuesto, le dedicaré «El instante de morir», si no le molesta.

—Claro que no, Elton: ¿lo hizo?

—Es un magnífico argumento, ¿no cree? Pero, como usted comprenderá, jamás lo utilizaría en una próxima novela, ni en un futuro, cercano, ni nunca. Sería una idiotez impropia de mí..., como lo habría sido llamar a la «Weston Library». ¡No me diga que esperaba de mí una tontería semejante!

—En el fondo, no —sonrió Emerson—. Por el amor de Dios, dígame la verdad a mí, sólo a mí. ¿Lo hizo, Elton? ¿Lo hizo?

—Sí.

Emerson Grant suspiró profundamente, se puso en pie, y alzó su portafolios.

—Mañana mismo, quizá pasado, llevaré el contrato firmado a la «Manhattan». Espero que siga escribiendo novelas como la última, Elton.

—Muchacho, no tengo otra cosa que hacer —dijo serenamente el novelista.

Emerson asintió. Tendió la mano a Davenport, y apreció el fuerte y firme apretón. Se miró la mano, miró los grises ojos fijos en él, relucientes de inteligencia y de fuego, y movió la cabeza.

—¿Sabe? —sonrió—. En el fondo, no todo se ha perdido: cuando menos, al dictaminarse la versión oficial, la exseñora Trumbull no cobrará su cuarto de millón de la póliza del seguro de su marido. Lo

cual me satisface, ya que me resulta profundamente repulsiva y desagradable. ¡Adiós, Elton!

—Hasta siempre... ¿No?

—Hasta siempre —asintió el abogado.

FINAL

Cuando se sentó en el coche de Moss, éste y Merle se volvieron hacia él, excitados, impacientes.

—¿Y bien, Emerson? —inquirió Roark.

—Nada.

—¿Cómo, nada?

—Nada, un cúmulo de coincidencias, fantasías mías, todo lo que queráis, pero estaba equivocado. Eso es todo. El sargento Carnap, pese a haberse complicado la vida menos que yo, tiene la verdad.

—Vaya... Esto no va a gustar en «Mackenzie, Preston & Darwell», supongo.

—No siempre se gana.

Durante unos segundos, Moss Roark estuvo contemplando fijamente a su jefe y amigo. Por fin, movió la cabeza, con gesto definitivo.

—*Okay*. ¿Qué hacemos ahora?

—Todavía tengo mi habitación en el «Clarion». Puedes ir allá a dormir. Mañana veremos qué hacemos. Habrá que regresar a Nueva York, claro está.

—Claro. Bien, por mí, de acuerdo. ¿Y vosotros?

—Oh, nosotros ya nos arreglaremos —saltó Merle.

—Sí, lo supongo. Y tan sólo de imaginarlo me dan ganas de colgarme de un teléfono para llamar a Penélope.

—No es mala idea —sonrió Emerson—: podríamos incluir ese gasto en la nota para «Mackenzie, Preston & Darwell».

Me gustaría ver la cara que pondrían cuando vieses la nota: noche con puta complaciente para Moss Roark, doscientos dólares.

—Quizá a estas horas de la madrugada suba la tarifa —dijo Roark.

Se echaron a reír los tres. Luego, Emerson Grant y Merle Atherton salieron del coche de Roark, se tomaron de la mano, y se dirigieron hacia el del abogado investigador...

Desde su ventana, Elton Davenport los vio, y una amplia sonrisa distendió sus facciones. Un muchacho listo Emerson Grant, sin duda alguna. Se había aferrado a un factor psicológico, y había llegado al final.

—Gran muchacho —dijo en voz alta el novelista.

Luego, cuando ya hubo perdido de vista los dos coches, encendió parsimoniosa y apaciblemente su tercera y última pipa del día..., mientras comenzaba a pensar en su próxima novela.

Efectivamente, *ya* no tenía otra cosa que hacer.

FIN

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado
bien el
peine, la
almohada y
el lavabo?



ADGOF N° 25 844 C ADGOF N° 29 496 C

¡Olvide los
cabellos
caídos,
pero procure
conservar
los que le
quedan!

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratin Loción y Queratin Champú

Aplique usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratín, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen infinidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratín Loción y Champú Universal Queratín, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Beneficiése usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATÍN!

¡NO LO DUDE! Haga HOY MISMO la petición enviando a Selecciones Europeas, Apartado de Correos, n.º 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección completa escrita a máquina o con letra muy clara, en sobre cerrado y debidamente franqueado, y si no quiere recortar el boletín pa-

ra no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATÍN LOCIÓN

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 ml.

CHAMPÚ UNIVESAL QUERATÍN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 ml.

Gastos de embalaje y envío certificado: 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATÍN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente, 30 DOLARES USA, acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido, o adjuntando Cheque bancario con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que, se lo serviremos a correo seguido.

BOLETÍN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos n.º 330 - Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el número de frascos.

☐ Queratín Champú ☐ Número de frascos
☐ Queratín Loción ☐ Número de frascos

Nombre

Apellidos

Calle Número Piso

Población Distrito Postal

Provincia

**LECTORES Y PUNTOS DE
VENTA AGRACIADOS EN
LOS SORTEOS MENSUALES**

¡GANE UN MILLON!

ENERO:

DOÑA MONTSE CANOVAS
CALDITO
c/ Pau Montadas, 60
Igualada (Barcelona)

LIBRERIA:

Papelería-Juguetería Rafaela Sala.
Igualada (Barcelona)

FEBRERO:

DOÑA MARIA TERESA
MARTIN FOLGAROLAS
c/ Bertrand Serra, 1.
Manresa (Barcelona)

LIBRERIA:

Librería Jo.
Manresa (Barcelona)

INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLÓN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón de pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debidamente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

los cupones deberán enviarse a **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar éste.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y los ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso sólo es válido para territorio español.

Según las normas de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**, en este concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GAÑE 1.000.000

DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

- INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 000000

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA

75 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



